UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE ARQUITECTURA

LICENCIATURA EN URBANISMO

ESPACIO URBANO Y MEMORIA DE LA CIUDAD DE MÉXICO EN LA OBRA DE VICENTE QUIRARTE

TESIS

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE:

URBANISTA

PRESENTA:

Jhossiani Fernanda Pérez Luna

DIRECTORA:

Erika A. Alcantar García

Ciudad de México, 2022

Universidad Nacional Autónoma de México
UNAM
Biblioteca Central
Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A la literatura y a esta ciudad que nunca me abandonan

Gracias:

A mis abuelos, por enseñarme la importancia del amor y mostrarme a través de su existencia el significado de la sabiduría.

A Vicente Quirarte, por su guía, generosidad y palabras luminosas.

A las mujeres de mi vida, amigas que a través de su lectura, inteligencia, compañía y apoyo enriquecieron mi trabajo y mi corazón.

A mi amigo, por acompañarme en el camino.

A Erika Alcantar, por la lectura atenta y las pasiones compartidas.

A mis maestras y maestros, lectores agudos que con su conocimiento me llenaron de entusiasmo.

A mis padres y hermana, por su apoyo incondicional, su amor, y lecciones de aprendizaje constantes.

A mi familia, por su apoyo y cariño genuino.

Índice

Introducción 5

Primera parte. Espacio urbano y memoria de la Ciudad de México en la literatura. 15

Sobre la primera parte: Antecedentes y justificación 16

1.1 La ciudad exige ser nombrada con todas sus letras 17

1.2 La construcción del espacio y la memoria 27

1.3 Espacio urbano y literatura 33

Segunda parte. La ciudad y el artista se alimentan mutuamente 38

Sobre la segunda parte: Mapología del autor 39

2.1 Mapología de Vicente Quirarte 40

2.2.1 El origen 42

2.2.2 La deformación 51

2.2.3. La transformación 57

2.2.4 La ciudad monstruo 62

2.2 La importancia de un autor *en* y *para* la ciudad 71

Tercera parte. Leer el espacio urbano de la Ciudad de México en la obra de Vicente Quirarte. 75

Sobre la tercera parte 3: La ciudad en la obra del autor 76

3.1 La construcción del espacio y la memoria en la obra de Vicente Quirarte 77

3.2 Sobre los elementos urbanos en la obra literaria 81

3.2.1 La casa 84

3.2.2 La calle 91

3.2.3 El Centro 98

3.2.4 Los ciudadanos 104

3.2.5 El paisaje 110

Reflexiones finales: La resignificación de la ciudad 116

Leer y amar una ciudad 117

Bibliografía general 123

Repite conmigo

El lenguaje construye edificios

El lenguaje construye edificios sociedades y

urbes pero mis venas dicen bruma

Sin sintaxis no hay ciudad

Al primer trepidatorio escombros de palabras

sepultando los cuerpos

y ya quiero ver a los rescatistas

lingüistas bondadosos corrimiento la

puntuación del desastre.

Guía Roji, Sergio Loo

Introducción

La ciudad se lee porque se escribe,
porque fue escritura.
Henri Lefebvre

I

La ciudad en la literatura se va construyendo sobre la página en blanco como en un territorio sin urbanizar. En los libros se hayan lugares muchas veces fidedignos de las costumbres de una época, describiendo espacios definidos, otras, de manera más sutil, muestran en sus páginas los misterios que la Ciudad de México oculta y que sólo son posibles de captar a partir de la experiencia íntima que el autor tiene con la ciudad y su entorno.

Las lecturas que asumen la complejidad, la multiplicidad y la prodigalidad que engloba el proceso urbano son aquellas en donde el escritor tiene la capacidad de recuperar el "espíritu" de una época, de registrar sus latidos en el tiempo, de traducir fielmente los comportamientos de una sociedad y sus tensiones, de captar en la punta de su pluma los cambios que con celeridad modifican la forma del entorno mientras nosotros nos modificamos en él.

El nexo indiscutible que existe entre el espacio urbano y la memoria es que ambos fungen como fuerzas cambiantes y creadoras del presente. Puesto que, como se analizará en este trabajo, la ciudad no solo es su materialidad, sino la suma de sus dimensiones materiales, simbólicas y políticas, ya que estas determinan la forma en la que se arraigan los espacios en los que vivimos a nuestros recuerdos,

ofreciendo una posibilidad de repensar y resignificar el entorno en donde diariamente desarrollamos nuestros proyectos individuales, pero más importantes, los colectivos.

El recuerdo, como el resultado de un espacio material y simbólico que ha causado “algo” en su usuario, un sentimiento, una emoción es lo que se manifiesta en los libros que cuentan la historia de los lugares, narrando espacios en donde el recuerdo individual o colectivo ha marcado el significado de su existencia o de su desaparición.

El resultado de que la ciudad se entienda desde su complejidad es que literatura que habla sobre nuestra ciudad y sus diferentes capas de tiempo, avivan la memoria de la ciudad en sus lectores y, como escribe Lauro Zabala “la memoria es la consciencia de nuestra identidad y nos ofrece la posibilidad de futuro” (Zabala, 2017, p. 7).

Así mismo, como escribe José Ramón Navarro y José Carlos Rovira en el libro *Literatura y espacio urbano* (1993):

> El hecho literario puede servir de material epistemológico para la comprensión del hecho urbano, cuestión muy olvidada entre la multitud de líneas de análisis e investigación de raíz positivista que tienen por objeto el espacio urbano. La literatura aporta un testimonio sobre la sociedad y, además, es esto lo esencial, lo hace unas veces críticamente, otras poéticamente, pero nunca con indiferencia (Rovira, Navarro, 1993, p. 14).

El estudio de la ciudad desde otras disciplinas resultaba hasta hace algunos años una inquietud arriesgada, sin embargo, la complejidad que exige entender una ciudad como la nuestra ha demandado que se realice desde distintas perspectivas que sumen a la comprensión del fenómeno urbano. Por lo que cada vez más líneas

de investigación se proponen diversas metodologías en las que sea posible entender la urbe desde las artes y su importancia en la producción cultural de las ciudades.

Es importante subrayar que el principal argumento para abordar esta investigación es desde la disciplina urbanística en la que hechos como caminar, construir, planear esta ciudad, al igual que pensarla, leerla que es igual a recordarla, o amarla, no sólo expresan una práctica sobre el espacio urbano, sino que la hacen. Por lo que la constitución del elemento histórico e incluso anecdótico en la literatura, ayuda no solo a posicionar a los textos literarios como instrumento estético paralelo de la realidad, sino, como elemento de análisis para la memoria colectiva y para la sobrevivencia de la urbe, puesto que la literatura tiene la capacidad de incidir en nuestra realidad y de transformar la forma en la que habitamos el espacio urbano, dotándolo de nuevas significaciones a partir de la lectura.

II

Vicente Quirarte (Ciudad de México, 1954) es el poeta, escritor y académico que elegí para estudiar el espacio urbano y analizar los elementos que constituyen su obra, desde el análisis de los estudios culturales urbanos, puesto que esta perspectiva es pertinente para implementar una metodología que permita hacer uso de diversas herramientas teóricas e incluso creativas para analizar la ciudad.

Por una parte, para explicar el porqué de la elección del autor como parte fundamental de la metodología que aquí propongo, es preciso destacar que Vicente Quirarte es un autor vivo, que hasta la fecha en la que se escribe esta tesis, su pensamiento y sus pasos establecen una relación inherente con la Ciudad de

México, siendo acaso, uno de los investigadores y artistas referentes en la literatura contemporánea que escribe sobre el espacio urbano que habita. Su literatura, extensa y reconocida en el terreno académico y literario ha sido base de diferentes investigaciones literarias, sin embargo, las crónicas, poemas y ensayos que ha escrito sobre la Ciudad de México, cuentan con información que puede ayudar a complementar la lectura de nuestra urbe, puesto que su escritura se construye — al igual que la ciudad— a base de experiencias, de recuerdos y de intercambio, factores que en conjunto muestran la memoria colectiva de la urbe. Su historia.

Por ello, analizar la Ciudad de México desde la perspectiva urbanística y del reconocimiento de un escritor que también es un ciudadano, me permite hacer la siguiente pregunta de investigación: ¿Cuál es el nexo entre espacio urbano, memoria y literatura? y ¿Cómo se construye el espacio urbano dentro de la obra de Vicente Quirarte?

Destacando de la pregunta anterior los conceptos de espacio urbano, memoria y literatura, me he valido de autores que desde diversas teorías y posturas críticas han indagado en dichos conceptos. Las posturas antropológicas en torno al espacio y la memoria son una de ellas, puesto que, como señala Edith Kuri Pineda:

> Pese a la importancia que el espacio tiene en este complejo proceso, el pensamiento sociológico la obvió por algún tiempo al no desarrollar una reflexión teórica profunda y explícita sobre el papel del espacio en la constitución y mutación de la sociedad. Esta insuficiencia analítica ha cambiado en los últimos años de modo tal que —desde la sociología y la geografía humana— diversos autores como Henri Lefebvre, David Harvey, Doreen Massey y Pierre Bourdieu, entre otros, han analizado al espacio no como un mero receptáculo o telón de fondo de acontecimientos históricos,

> políticos y sociales sino como un proceso abierto fruto de las relaciones sociales de diverso cuño que, a su vez, condiciona los lazos sociales (Kuri, págs. 15-16)

Es por ello que, desde la postura de dichos autores, así como de las teorías subsecuentes en torno al nexo existente entre espacio y memoria como las de Henri Lefebvre, Pierre Nora, Rossana Cassigoli y las de la propia Kuri Pineda — por mencionar algunos— que establecen claramente que el espacio tiene una dimensión material, simbólica y política interrelacionadas que influyen en la forma en la que la sociedad se apropia del espacio.

Desde la misma perspectiva, pero desde diferente ángulo, en el caso literario, tomo como referente los análisis de Ángel Rama, cuyo trabajo ayuda a establecer los antecedentes en los que los procesos de modernización establecieron nuevos tópicos y estilos literarios, que configuraron las narrativas en torno a tiempos y espacios específicos en América Latina, proporcionando información acerca de la sociedad y el inminente factor histórico y político que el espacio conlleva. Así como los estudios entre espacio y análisis literario en referentes como Gaston Bachelard, que proporciona un análisis acerca del valor simbólico de los espacios.

El mismo Vicente Quirarte, a su vez, funge como eje de estudio y propuesta teórica, ya que sus propias reflexiones en torno al hecho urbano y a la disciplina urbanística, configuran un marco que es posible trasladar a la teoría urbana. Sus conocimientos sobre historia urbana de la Ciudad de México, ligada a los personajes del ámbito cultural que la conformaron como escritores y artistas, muestran la influencia que a lo largo del tiempo ha tenido la ciudad en la forma de percibir y sentir el espacio que habitan. Asimismo, las reflexiones de Vicente Quirarte son

lúcidas y se sustentan por una investigación siempre profunda y especializada sobre los hechos que han marcado la historia de nuestra urbe, sus ensayos que tratan sobre la ciudad analizados en esta tesis son muestra de ello.

Así pues, el objetivo general de esta investigación es analizar las relaciones existentes entre espacio urbano, memoria y literatura, a partir de un estudio multidisciplinario a la obra de Vicente Quirarte.

Mientras que los objetivos particulares son:

1) Plantear los antecedentes en torno a los nexos existentes entre espacio urbano, memoria y literatura.
2) Desarrollar un mapa bibliográfico entre la ciudad y el autor, llamado mapología, con el fin de visualizar el impacto recursivo que existe entre uno y otra.
3) Identificar y analizar los elementos urbanos que se encuentran dentro de la obra del autor para visualizar cómo se construye el espacio urbano dentro y fuera de los libros.

La hipótesis del presente análisis es que las ciudades no sólo se constituyen a partir de su valor material, sino también de su legado simbólico. Obras como la de Vicente Quirarte y su relación con la Ciudad de México, nos muestran el impacto que las ciudades han tenido sobre sus habitantes, conformando su memoria colectiva. En los libros, así como en otras manifestaciones artísticas se sobreponen capas de tiempo y espacio que hablan de cómo la ciudad es el reflejo espacial de su sociedad y su ideología. Y, a su vez, la literatura funge como una propuesta que permite resignificar la forma en la que construimos cotidianamente el espacio urbano en el que habitamos.

III

En el primer capítulo de este trabajo se exponen los antecedentes en donde la Ciudad de México se convirtió en personaje principal de obras artísticas y literarias, puesto que esto no se debe a una concepción puramente estética, sino al resultado de la cultura modernizadora que trajo consigo múltiples cambios sociales, económicos y culturales que modificaron no sólo los temas y los estilos en que los escritores narran la ciudad, sino en la que vivían y se relacionaban con el espacio urbano.

El impacto que tiene el espacio urbano en la memoria de los escritores es fundamental para entender el porqué de su importancia y de su construcción, ya que través de los libros se puede conocer la forma en la que éste se arraiga a la memoria y a su vez cómo los ensayos, poemas, o crónicas en torno a la ciudad conforman un palimpsesto de historias que alimentan la memoria colectiva de la urbe, complementando su historia. Por lo que, planteo también los antecedentes que analizan el nexo entre el espacio y la memoria, para entender la dimensión simbólica, sensorial y política que la urbe engloba, logrando residir en nuestros recuerdos.

Por último, y en este mismo apartado titulado “Espacio urbano y memoria de la Ciudad de México en la literatura”, doy la justificación del por qué el análisis de la ciudad desde una perspectiva culturalista—que implica la conjunción de distintas disciplinas para estudiar la ciudad— es pertinente para esta investigación y para la disciplina urbana.

A su vez, la segunda parte titulada “La ciudad y el artista se alimentan mutuamente”, propongo el concepto de “mapología”, como un concepto que busca brindar no sólo

una biografía del autor, sino una serie de referencias que nos puedan servir como mapa y, a partir de él, conocer el contexto territorial, histórico y de experiencia (subjetiva y objetivamente) en el que estudiamos tanto al autor como a la ciudad y así observarlos no como entes separados, sino como resultado de su habitar el mundo[1]. Es decir, desde una perspectiva hermenéutica que nos permita hacer interpretaciones prácticas respecto a cómo se va construyendo el espacio urbano a partir del propio sujeto de estudio y su importancia de ese en el espacio y viceversa.

Así pues, la mapología aquí planteada, busca señalar la importancia simbólica que la urbe y ciertos lugares tienen tiene para sus habitantes, por lo que traslapar la biografía del autor con espacios representativos de la ciudad tiene el objetivo de mostrar el nexo vital que existe entre uno y otro, trazando un mapa que nos ayude a identificar los hitos que han sido relevantes para entender sus historias y sus cambios.

Asimismo, la mapología aquí planteada también es una suerte de deriva, en la que, como explica Guy Debord se explora la ciudad sin rumbo fijo, utilizando a el cuerpo como la principal herramienta de conocimiento. En Quirarte, la deriva refleja la interacción de la ciudad con el autor, sus desplazamientos sobre el territorio que muestran a una ciudad en movimiento y constante cambio, cambios en el entorno que de una u otra forma también impactan en la forma en la que el autor concibe el espacio, los temas y la forma de su escritura.

[1] En su texto titulado Construir, habitar pensar (1951) el filosofo Martín Heidegger, invita a pensar la relación entre hombre- espacio, en donde uno y otro no pueden concebirse como entes separados, sino en donde el construir para habitar implica pensar y vivir los espacios.

La mapología refleja cómo el espacio urbano de la Ciudad de México se ve presente en la relación que existe entre escritor y su ciudad, vislumbrado como uno y otro se alimentan mutuamente, es decir se transforman a la par del tiempo y de las interacciones que entre uno y otro acontecen.

Dicha aproximación resulta útil, puesto que busca trascender la biografía para exponer cómo el espacio urbano se ha ido modificando a la par del autor, desde su “origen” hasta convertirse en una “ciudad monstruo”, por lo que se realizará una búsqueda exhaustiva de los hechos relevantes que nos ayuden a visualizar la deriva del autor sobre su propia ciudad.

A partir de dicha metáfora y de la identificación de hitos específicos, es posible visualizar un mapa, obtener una mapología, en donde las calles del centro Histórico de la Ciudad de México, el barrio de La Lagunilla, la colonia Roma, y el sur de la Ciudad de México en la Ciudad de México, han quedado impregnados en la memoria del autor como referentes de los cambios y mutaciones que la urbe ha tenido a través del tiempo, formando capa tras capa, un palimpsesto que sólo puede ser transformado por las acciones del presente, como caminarla, pensarla o escribirla día a día.

La mapología tiene la finalidad de acercarnos a conocer la experiencia vital del autor en la ciudad, y analizar con ello el impacto simbólico de la urbe, su arraigamiento en la memoria que repercute de manera recurrente en la forma en la que el autor vive la urbe, y también, de forma inherente, en la forma en la que el autor lee y escribe sobre la Ciudad de México o, como señala Feal, considerando que “la percepción de la ciudad no es efectiva en la imagen que recoge el ojo, sino a la reconstrucción que hace la memoria con sucesivas imágenes aglutinadas”.

Así mismo, y como parte del mismo capítulo, hablo sobre la importancia de un autor en y para la ciudad, esto para destacar su relevancia en el ámbito social, cultural e histórico de nuestra época.

Mientras que, la tercera parte de esta tesis busca asentar los conceptos urbanos que se encuentran en la obra del autor, por lo que seleccioné 5 de sus libros que tienen como eje a la Ciudad de México, y cuyo análisis realicé a partir de acotar 5 elementos que construyen tanto el espacio urbano como literario de Vicente Quirarte. La casa, la calle, los ciudadanos, el centro y el paisaje, como lugares que nos permiten analizar la obra del autor desde el cruce de diversas disciplinas, para reconocer su dimensión simbólica, social e incluso política.

Finalmente, la resignificación de la ciudad a partir de la lectura, busca no ser una conclusión definitiva, sino un apartado que busca reescribirse a la par de la ciudad en la que habitamos, a partir de la lectura constante, de la experiencia vital del cuerpo con el espacio, de repensar la ciudad en la que vivimos, la que fue y la que quisiéramos habitar.

Pienso que la ciudad siempre cambiante y dual es metáfora de un verso inacabado.

Primera parte. Espacio urbano y memoria de la Ciudad de México en la literatura.

La ciudad es de utilidad física para la vida colectiva
y un símbolo para aquellos movimientos colectivos
que aparecen en circunstancias favorables.
Junto con el lenguaje, es la obra de arte más grande del hombre.
Lewis Mumford

Sobre la primera parte: Antecedentes y justificación

En este primer capítulo, explicaré los antecedentes en donde la Ciudad de México cobró una dimensión preponderante en la literatura mexicana y cómo las mutaciones y cambios del espacio urbano están ligados a las formas en las que sus autores narran la ciudad, exponiendo la relación recursiva que existe entre espacio autor y el producto literario, este último entendido como crónicas, novelas o poemas en donde la ciudad ha quedado plasmada.

Así mismo, para explicar los antecedentes que proponen la relación entre el espacio urbano y memoria tomaré como referentes a Lefebvre y a pensadores como Halbwachs, Bastide, Michel de Certeau, Paul Ricoeur, Gastón Bachelard y Pierre Nora, a partir de las investigaciones elaboradas por las investigadoras Edith Kuri Pineda y Rosana Cassigoli, cuyos aportes y perspectivas ayudan a entender cómo se construye el espacio y la memoria de la ciudad.

Por último, justificaré el porqué de la importancia de “leer” la Ciudad de México a través de la exploración literaria y a sus autores desde la disciplina urbanística, ya que planteo que, al conjugar ambas perspectivas sobre la ciudad, nos permiten entender cómo la urbe y sus escritores evolucionan y se transforman mutuamente.

1.1 La ciudad exige ser nombrada con todas sus letras

Como hecho histórico y como catalizadora de cultura la figura de la ciudad dentro de la literatura responde a la necesidad de ser expresada en sus múltiples manifestaciones. Por lo que al ser un fenómeno complejo y en cambio constante junto con sus habitantes, es durante el tránsito del siglo XIX cuando la Ciudad de México "exige ser nombrada con todas sus letras" convirtiéndose de manera expresa o intrínseca, en primera figura de la imaginación individual y colectiva (Quirarte, 2001, p.19).

Con la crónica, género literario que basa su arte en la narración de hechos históricos cronológicamente, la ciudad se posiciona como personaje, dejando atrás su lugar de escenario para situarse como una protagonista más junto con sus habitantes. El cronista Francisco Zarco, por ejemplo, brindó a través de sus crónicas un panorama del paisaje y las costumbres de la Ciudad de México alrededor de 1850, en los que la arquitectura, la infraestructura de la ciudad, así como las dinámicas cotidianas cobraron una dimensión esencial para expresar una idea total de las costumbres y la cultura mexicana.

O la obra titulada "Los mexicanos pintados por sí mismos" publicada en 1854, escrita por varios autores, en la que se revela la identidad de lo "mexicano", más que como algo definitivo, retrata la diversidad del concepto a través de los personajes y su valor social a partir de rasgos característicos, como el oficio, la forma de vestir o de hablar, mostrando una especie de ilustración de las costumbres del mexicano y la urbanidad de la época.

Con esos ejemplos como parteaguas, se puede decir que como explica Vicente Quirarte, la subjetividad lírica, por un lado, y la necesidad de dar cuenta objetivamente de las bondades de la ciudad, por el otro, (p. 66) provocaron que los escritores, así como las artes en general, pusieran a la ciudad como tema central, como eje articulador discursivo de las representaciones culturales y sociales de la época. Pero ¿por qué la ciudad fue el eje para los escritores y las artes en general? Se debe a que "en la medida en que la ciudad divorcia a el individuo de su comunidad, aumenta la necesidad de nombrarla y explicarla" (p.19). Y aunque como prosigue Quirarte, la urbe ya se hacía presente desde escritores anteriores a Zarco, como Bernardo de Balbuena y Francisco Cervantes de Salazar, la llegada de la *modernidad*[2] que surgiría de la revolución industrial, detonará nuevos temas y percepciones del individuo sobre su entorno.

El gran analista latinoamericano Ángel Rama en su ensayo *Transculturación Narrativa en América Latina,* explica que la cultura modernizada de las ciudades, especialmente de las latinoamericanas, respaldada en sus fuentes externas y en su apropiación del excedente social (Rama, 1994, p.34) una búsqueda por parte de los escritores de plasmar con originalidad y expresión propia la historia de sus territorios y de lo que en ellos se despliega. Rama dice:

[2] Me refiero al concepto de modernidad desde la definición que realiza Marshall Berman postulada en su libro *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (1982) en donde señala que: "Hay una forma de experiencia vital —la experiencia del tiempo y el espacio, de uno mismo y de los demás, de las posibilidades y los peligros de la vida— que comparten los hombres y las mujeres de todo el mundo de hoy. Llamaré a ese conjunto de experiencias la "modernidad" (p.1).

> El crecimiento de las ciudades (...) aumentaron vertiginosamente los estatutos dominados y balancearon la acción homogeneizadora de la "ciudad letrada" sobre la sociedad intramuros: la expansión del teatro criollo en las ciudades del cono sur a fines del XIX o de la novela de la revolución en las ciudades mexicanas al filo de los años treinta de este siglo, señalan un desafío a las normas con que estaba fijado el código literario (pág. 76).

Como Rama explica, la cultura modernizada se presentaba más rica de opciones y cuestionamientos (Rama,1998, p. 61) alrededor de las ideas y los discursos en torno a los derechos, jerarquías y bienes (64) que la ciudad ofrece, dando paso a que las artes fueran las que tuvieran la capacidad de expresar, desde diferentes aristas, la inefable experiencia de la modernidad y de los cambios que esta cultura traería sobre la sociedad.

Asimismo, el predominio del interés en los escritores por narrar la Ciudad de México queda de manifiesto a medida que el fenómeno urbano trasciende sus propias individualidades, transformando las dinámicas culturales y sus representaciones en el espacio urbano. Por lo que ya en las fronteras del siglo XX surgirían novelas como *Santa* (1903) del escritor Federico Gamboa que narra los fenómenos complejos que traería consigo una ciudad que crecía aceleradamente y cuya población tan sólo en la Zona Metropolitana del Valle de México ya ascendía a 344, 721 habitantes; mostrando la dicotomía entre el campo y la ciudad, en donde la primera representaba la idea de la naturaleza y la inocencia, mientras la segunda

el núcleo de la decadencia y la desigualdad, recayendo sobre un personaje femenino.

En 1910 la ciudad y la literatura que surgen son las de la Revolución, ambas se alimentan de un contexto con mayores cambios e ideologías, causando en poetas como López Velarde sentimientos de dolor y placer y, como señala Quirarte, está centuria también simbolizaba el triunfo de la escritura modernista (Quirarte, 2011, p. 353) lo que significa que la ciudad había afectado de nueva cuenta la captación del espacio urbano en la literatura; con sus nuevas invenciones, construcciones y dinámicas sociales y culturales.

Obras como *La Malhora* (1923) de Mariano Azuela, *Urbe Bolchevique en cinco cantos* (1924) de Manuel Maples Arce, *El café de nadie* (1926) de Arqueles Vega, *El joven* (1928) de Salvador Novo o *Ensayo de un crimen* (1944) de Rodolfo Usigli, dan cuenta de que la hegemonía de la idea del espacio rural se veía contrarrestada por nuevas calles, servicios, y experiencias urbanas en donde la metrópoli como personaje principal junto con los habitantes, personajes marginales o populares (Quiroz, 2011, p.8) se convertía en un crisol inabarcable y multifacético en donde sería necesario establecer nuevas formas de narrar para poder abarcar su compleja multiplicidad.

Según Ángel Rama ante los cambios acelerados de la urbe, se presentó un desafío mayor para la renovación literaria ya que, los escritores tuvieron que transmutar las expresiones del espacio tradicional y local para trasladarlas a estructuras literarias que abastecieran la narrativa urbana en sus plurales tendencias renovadoras (Rama, 2008, pp.31-32), en donde la urbe no sólo se

consolidaba como testigo del paso del tiempo, sino que también se posicionó como espacio político e incluso estético.

Ante dicha necesidad de nombrar desde el lenguaje escrito, surgirían dos de los grupos literarios más reconocidos para enunciar los cambios de la ciudad desde la poesía y otras artes como el grabado y la pintura, por su capacidad para desmenuzar la realidad desde una óptica minuciosa.

Por una parte, los estridentistas[3] cuyo movimiento estuvo encabezado por el poeta Manuel Maples Arce mostró una idea lúcida de los efectos de la industria en la sociedad. El posicionamiento del auto en las calles, los medios de comunicación, así como las máquinas inmersas en la vida cotidiana, fueron reflejo de una ciudad en expansión. El surgimiento de nuevas colonias como Lomas de Chapultepec o la Hipódromo comenzaban a figurar en el trazo urbanístico como paradigma del modelo de ciudad jardín y suburbio norteamericano, serían tópicos que permeaban en su obra a partir de la realidad de su época.

Mientras que los contemporáneos[4], de alguna manera en oposición a los estridentistas mostraban para 1928 una idea de ciudad más cosmopolita, en contextos como el Centro Histórico, San Juan de Letrán o La Torre Latinoamericana,

---

[3] El Estridentismo fue un movimiento mexicano de vanguardia, que se fundó en 1921 en la Ciudad de México y que se caracterizaría por tener como eje creativo la ciudad y la modernidad, creando con ello el concepto de “Estridentopólis” para hacer una metáfora de una ciudad utópica en donde la técnica, las masas, y la industrialización permeaban sobre las dinámicas de planeación urbana de la época.

[4] Los Contemporáneos fue un movimiento especialmente de escritores surgido en la Ciudad de México en 1928, apostaban por indagar en los impactos que la ciudad tenía sobre la existencia desde un punto poético, sensible y filosófico.

poemas de autores como Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, Jaime Torres Bodet o Jorge Cuesta, por mencionar sólo algunos, mostraban una idea dual de la ciudad que tenía efectos tanto positivos como negativos en sus experiencias y aprensiones de la urbe.

A partir de la obra *La región más Transparente* (1958) de Carlos Fuentes, la Ciudad de México se anuncia de forma innegable como personaje principal de la novela; organismo vivo y complejo en la que Fuentes fue capaz de representar mediante sus personajes, problemáticas como las desigualdades urbanas, las costumbres de sus habitantes y, de manera más explícita, problemas como la contaminación ambiental que dejaría atrás a la ciudad que otrora fuera "más transparente que el aire".

La novela de Fuentes es considerada la primera novela cosmopolita por exponer el tema de la ciudad desde sus diferencias sociales y sus múltiples contextos. Sus personajes se desarrollan en un entorno moderno, en donde la ciudad es el personaje principal al ser el resultado de la historia y sus habitantes. Además, como sugiere la historiadora Erika Alcantar, la novela de Fuentes es equiparable con la sinfonía urbana cinematográfica de películas como *Manhattan Transfer* y *Berlín Alexanderplatz* realizadas por los escritores John Dos Passos y Alfred Döblin, respectivamente. Dichas novelas son consideradas parteaguas en la literatura urbana al representar la complejidad y diversidad de voces—nuevas y viejas—de la modernidad.

Ante la nostalgia por el pasado que se mantiene constante en las representaciones artística y literarias de algunos escritores, surge "La Onda"[5], generación de escritores jóvenes, que serían los que narraron el preludio del movimiento estudiantil de 1968 y a la vez exploraron nuevas formas para describir la realidad citadina mediante obras emblemáticas como *De Perfil* (1966) o la *Mirada en el Centro* (1977) de José Agustín, *Pasto Verde* (1968) de Gustavo Sainz o *La princesa del Palacio de Hierro* (1974) de Parménides García, por mencionar a algunos autores, cuyo tema principal fue la narración de nuevos espacios míticos como la Colonia Narvarte o el Centro Histórico en donde los personajes principales se caracterizan por ser jóvenes y en donde la arquitectura y el espacio público fungen como detonadores de movimientos sociales, plazas, la calle, los edificios públicos cobran significado al ser el primer personaje de dichas historias.

Ante una ciudad que muestra problemas profundos para gobernar, administrar, planificar y gestionar la elevada concentración de población y actividades (Chaparro, 2009, pág.12) económicas para su población, empieza a surgir una literatura particularmente de denuncia, que expone los efectos de dichas problemáticas. Obras como la novela *Chin chin el Teporocho* (1972) de Armando Ramírez, luego llevada al cine por Gabriel Retes, expondría mediante la crónica

[5] La escritora mexicana Margo Glantz (1930) acuñó el término a los escritores nacidos entre 1938-1951 para englobarse dentro de un contexto que se caracterizó por el movimiento hippie y la crítica al sistema capitalista, por lo que los espacios urbanos se trasladaron hacia colonias de clase media alta, jóvenes con estilos de vida consumistas y al mismo tiempo contraculturales que de manera explícita criticaban al gobierno por su rechazo que les tenían.

descarnada la vida en el barrio de Tepito, las costumbres de personajes que buscan salir de la pobreza, la decadencia y la marginación que les ha sido impuesta.

Mientras que en la novela *Pánico o Peligro (1983)* de la escritora mexicana María Luisa Puga cuya trama transcurre sobre la Av. Insurgentes, expone de lleno temas como el miedo, la violencia, y el sentimiento de anonimato que se experimentan en una urbe, a través de un personaje femenino que introduce al lector a cuestionarse sobre el conflicto modernizador y la experiencia de desasosiego y desesperanza que provoca la vida urbana en la Ciudad de México y que, como concluye la novela, sólo puede ser apaciguada mediante el revulsivo del amor.

La paradoja de un sistema basado en la producción y el consumo, provocaron que fenómenos como los que quedan manifiestos en los ejemplos anteriores, sean una constante en las narrativas del siglo XX, en donde los escritores se han posicionado con discursos diversos y tópicos acordes a cada década, pero que siempre tienen como personaje principal y justificación a la ciudad y los elementos que lo componen, con escenarios y personajes fragmentarios, sobre lugares diversos e inacabados real o ficcionalmente; sobre una ciudad que, pese a sus complejas tensiones se reinventa constantemente, fagocitando sus capas de tiempo e historia.

Así pues, la historia de la evolución de la ciudad y su necesidad por ser más que escenario se manifiesta paralelamente a los cambios que ha tenido la literatura, en tanto tópicos, discursos, formas y estilos. Lo que demuestra que la relación entre la ciudad y el arte, no solo literario sino en general, ha sido un hecho explícito en el

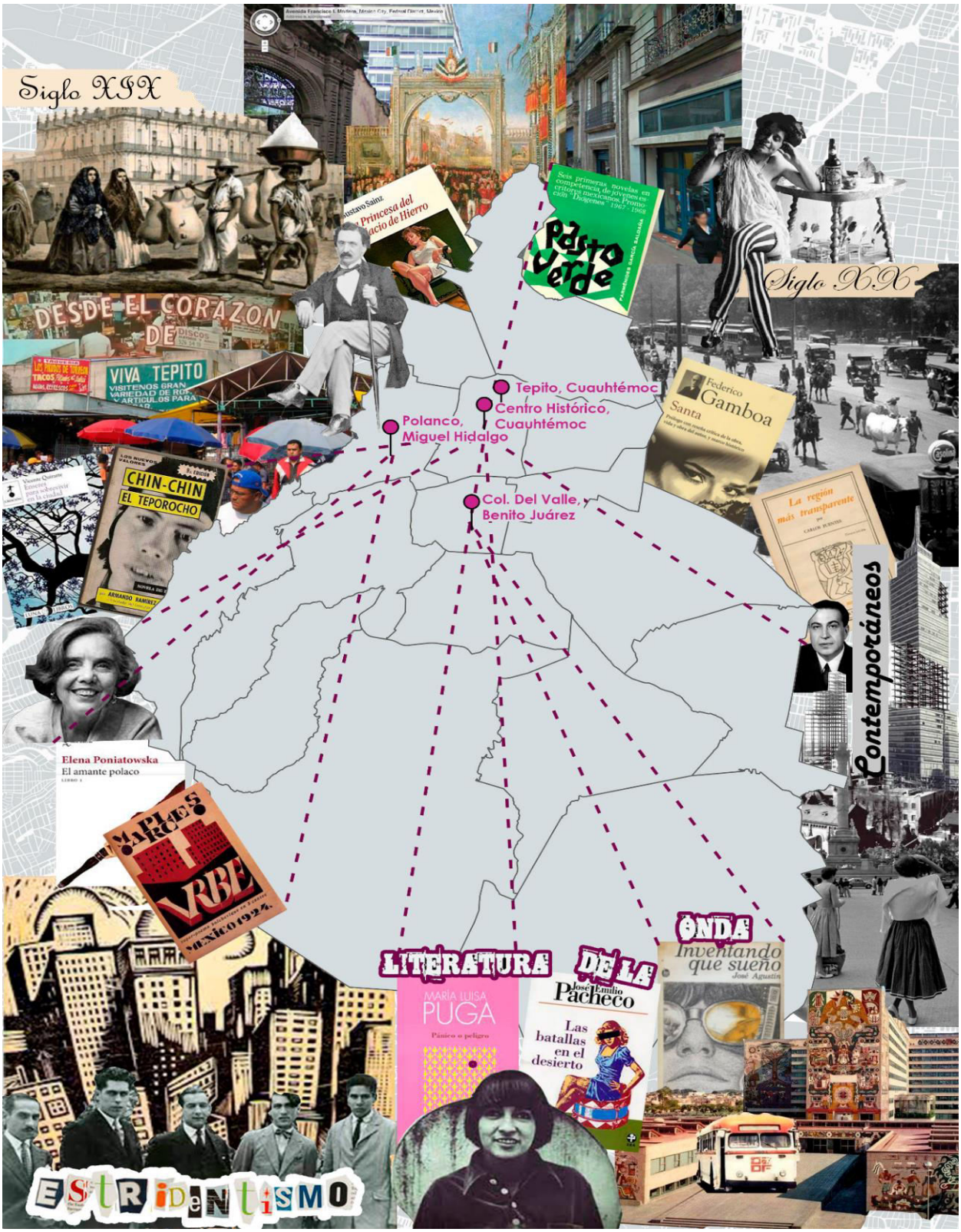
que lo urbano toma su propio espacio. Así, la ciudad se convierte en el horizonte en donde la literatura es traducida a otro lenguaje y viceversa.

Como reflejo de la ciudad, los escritores se convierten en la voz colectiva de sus habitantes y por ello no sólo se puede considerar que narran desde el imaginario, sino, también desde una realidad común e histórica que atraviesa a toda la sociedad, transmitiendo, mediante el lenguaje poético o narrativo, un fragmento del espacio urbano y sus dinámicas. Más allá de su dimensión estética, las obras literarias y artísticas son el lugar desde el cual es posible observar el mundo, analizar a sus habitantes, la sociedad y comprender su historia y su cultura. E

Contexto urbano de las obras literarias:

El siguiente mapa muestra las obras literarias que tienen como referencia a la Ciudad de México. El mapa muestra a través de la técnica del collage cómo el contexto urbano fue la base de diversos temas y contextos literarios. Fragmentos de territorio que a su vez muestran un rompecabezas del panorama literario de la Ciudad de México. Cada obra en el mapa tuvo un lugar de referencia, un contexto que inspiro la historia de novelas como *Chin-Chin el Teporocho* (1972) del escritor Armando Ramírez, en donde narra el barrio de Tepito a través de personajes como prostitutas y vagabundos personajes que narran la vida y las costumbres del barrio o la ya mencionada Santa, en el barrio de San Ángel. El collage, como una forma de mapear que dentro del espacio urbano también se construyeron narrativas, que hoy en día, son muestra de la historia de la ciudad.

Ilustración 1. Contexto urbano de las obras literarias



Fuente: Elaboración propia

1.2 La construcción del espacio y la memoria

El espacio urbano es un concepto que se ha construido a través del tiempo; su valor es económico, político, social y también cultural y simbólico. Su importancia trasciende sus características biofísicas para influir de manera determinante en las acciones, percepciones y representaciones que conciben sus usuarios sobre él. Al igual que la memoria, el espacio es una construcción social en el que se inscriben marcas grabadas por la dinámica del poder, la cultura y el devenir histórico (Kuri, 2017, p. 16).

De acuerdo con Edith Kuri en su ensayo titulado *La construcción social de la memoria en el espacio: una aproximación sociológica* (2017), es en las primeras décadas del siglo XX cuando el sociólogo Maurice Halbwachs puso los cimientos para pensar qué es la memoria colectiva y cómo es que se articula socialmente. Para Halwachs el espacio, el tiempo y el lenguaje constituyen el marco para la conformación de la memoria (Kuri, 2017, p.11).

Posteriormente, a los aportes de Halbwachs se le suman las reflexiones de autores como Roger Bastide, Rivaud y más actuales como Berger o Luckmann, los cuales consideran que la memoria no se da como un proceso, como sugiere Halbwachs, sino, que se enarbola desde intersubjetividades, que parten de la rememoración[6]; es decir de lo que el sujeto social decide recordar u olvidar de lo

[6] Tener en mente algo del pasado o "recordar" es en sí mismo una praxis social, ya que, como explica Kuri, al ser un dispositivo cognitivo, axiológico y normativo supone una serie de habilidades y conocimientos y destrezas gracias a los cuales los actores cuentan con insumos que les permiten vivir en sociedad (Kuri, 2017, p. 13).

que le acontece. Para Berger y Luckmann, la *memoria intersubjetiva* se configura por dos dimensiones en las que se estructura el mundo social: el objetivo y el subjetivo, “que subyacen tanto a las rutinas efectuadas cotidianamente por los sujetos —muchas de ellas llevadas a cabo de manera irreflexiva— como a otro tipo de prácticas en las que se consagra la identidad: los rituales”. Por ello se puede afirmar que la rememoración se objetiva en un sinnúmero de artefactos —objetos, edificios, libros, el lenguaje, obras artísticas, placas, estelas— los cuales son subjetivados —es decir introyectados y significados— por los individuos en interacción, otorgándole una cualidad maleable que se va transformando con la realidad social (p.13).

Sin embargo, a pesar de que el tiempo y el espacio han sido conceptos ligados uno al otro a lo largo del tiempo, la concepción del espacio había quedado de lado (p. 14) y sería hasta los aportes de pensadores como Henri Lefebvre, David Harvey, Pierre Bourdieu, — entre otros — que analizarían el espacio más allá de su funcionamiento y lo pensarían desde su construcción social. En su libro *La producción del espacio* (1974) Lefebvre explica que si bien el espacio es geométrico y tangible: “reducido a simple mercancía”, también es producto de la sociedad y la historia, campo de acción que sostiene nuestra existencia y nuestro devenir sobre el lugar que habitamos. Para Lefebvre el “espacio producido se descifra y se lee”, (Lefebvre, 2013, p. 77) ya que “Todo espacio cuenta con una dimensión material y una dimensión simbólica —que se mantienen interrelacionadas— vinculadas a la forma en que los sujetos sociales en interacción se apropian de él” (Kuri, 2017, p.16).

Al adquirir importancia fundamental, el espacio se convierte en un entramado complejo, que se constituye más allá del tiempo, sino que en él interactúan múltiples memorias subjetivas que se articulan a través de una variable fundamental: la experiencia. Por lo que autores como Michael de Certeau o Paul de Ricoeur analizaron la relación entre el espacio y su dimensión sensorial a partir elementos constitutivos edificios, monumentos, paisajes, personas, mobiliarios, en donde a través del contacto físico (del cuerpo) un ciudadano es capaz de producir conocimiento. Para de Certeau la memoria se reivindica a partir de las experiencias cotidianas como las verdaderas potencias de la acción en el *aquí*. Por ejemplo, caminar para el autor supone una acción que produce conocimiento y memoria, ya que la comprensión del desplazamiento y de la ubicación se encuentra presidida por la experiencia ajena acumulada a lo largo del tiempo, pero se despliega en el tiempo en el que el actor social la ejecuta. Como explica Kuri:

> Lo anterior refleja cómo los actores sociales se relacionan con el espacio a partir de un nivel basal: el saber ubicarse y desplazarse en él, saber que en gran parte se está condicionado por la experiencia propia y ajena acumulada a lo largo del tiempo. Así, gracias a un acervo de conocimientos espaciales —de una memoria espacial— los individuos se apropian de lugares conocidos y nuevos en donde justamente los sentidos corporales desempeñan un rol protagónico (Kuri, 2017, p.18).

Por tanto, el espacio es un receptor de huellas simbólicas, marcas que deja el individuo no sólo sobre la materia, sino que el mismo cuerpo lleva consigo las memorias que el espacio ha dejado sobre sí.

Sumado a ello resulta casi imposible concebir un recuerdo o tener una imagen total del espacio, sin el lugar en donde se ha "vivido" la experiencia. Por lo que a partir de los aportes realizados por Halbwachs sobre espacio/ memoria, Pierre Nora desarrolló una propuesta historiográfica sobre los lugares de la memoria. Para definir "aquellos espacios donde cristaliza o se refugia la memoria", "son lugares, efectivamente, en los tres sentidos de la palabra, material, simbólico y funcional, pero simultáneamente en grados diversos" (Nora, 2008, p. 33).

Con ello, la construcción del espacio adquiere de una dimensión simbólica que lo llena de complejidad, al concebir que los sujetos sociales, y sus intersubjetividades ligadas a su género, cultura, clase social, etc, son quienes les otorgan valor y significado a los lugares a partir de su experiencia sensorial, determinado los lugares que serán más o menos importantes para ser recordados, y por tanto capaces de producir arraigo o identidad. Esto explica, por ejemplo, cómo al transitar por un espacio determinado, ciertas evocaciones irrumpen y, con ellas, una emoción específica. Espacio y memoria, en resumen, comparten el hecho de ser construcciones simbólicas gestadas por los sujetos sociales en una constante interrelación (Kuri, 2017, p.20).

Siguiendo con Lefebvre y en el caso de los artefactos culturales como el lenguaje, los libros y las obras artísticas y su dimensión simbólica es que el autor considera que "La escritura transforma el lenguaje y en consecuencia la sociedad…La escritura como práctica significante" (Lefebvre, 2013, p. 88). Lefebvre

expone que si bien el lenguaje (epistemológicamente) ha modificado la lectura del espacio y configurando *códigos espaciales* sobre el territorio, cierto es que en la concepción y posterior planificación de las primeras ciudades lo hicieron en búsqueda del *orden* lo que redujo a concebir el espacio a una concepción cualitativa.

Por ejemplo, Ángel Rama, en su ensayo la *Ciudad Letrada* (1984) encuentra paralelismos desde su análisis cultural con el estudio socio espacial de Henri Lefevbre y explica que:

> Una ciudad previamente a su aparición en la realidad debía existir en una representación simbólica que obviamente podían asegurar los signos: las palabras, que traducían la voluntad de edificarla en aplicación de normas (Rama, pág.21).

Y continúa con un argumento contundente: “Pensar la ciudad competía a esos instrumentos simbólicos” (21). Refiriéndose a que los cambios urbanísticos que surgieron durante la colonización española en la antigua Tenochtitlán se dieron a partir del diseño de planos y diagramas que en el *fondo* llevarían intrínseco la *forma* de pensarlos no para sus usuarios sino para mantener delimitadas las acciones y usos que de ellos se derivan. “La escritura transforma el lenguaje y en consecuencia la sociedad…La escritura como práctica significante” (Lefebvre, 2013, p. 88).

En su ensayo *La poética del espacio* (1957) Bachelard se refiere al espacio mental que reside en los textos para hablar de lo que rodea a la vida desde una visión poética. En sus percepciones la imaginación y el objeto forman parte de un espacio íntimo que habla del devenir del tiempo y define al espacio como lugar de

acción (Bachelard, 2000, pág. 34). Bachelard se acerca a esa percepción a partir de análisis e interpretación de versos de distintos escritores para llegar a conclusiones al respecto de su percepción de ciertos elementos urbanos, por ejemplo, la metáfora de la calle y la decadencia de la modernidad en un verso del escritor suizo Max Picard que Bachelard cita en su libro dice “La calles son como tubos donde son aspirados los hombres” (p. 45)

En el verso Bachelard encuentra la siguiente conclusión: “A la ausencia de valores íntimos de verticalidad, hay que añadir la falta de cosmicidad de la casa en las grandes urbes. Allí las casas ya no están dentro de la naturaleza. Las relaciones del espacio y la morada se vuelven ficticias” (p.45). Lo que deriva en una crítica que el autor realiza desde el poema (espacio mental, imaginado, íntimo) a la realidad (la edificación, la arquitectura, la función), complementándose y con ello brindando una aproximación crítica y sensible a cerca de la cultura urbana que se aleja de un espíritu cosmogónico que relaciona al hombre con el universo.

Al ser el espacio urbano, un campo de acción complejo que se construye continuamente, a partir de la experiencia, sus símbolos, y su poder político y social, convirtiéndose así en un agente de pugna, de intereses diversos, de vivencias múltiples. El espacio público como lugar en el que se sobreponen elementos subjetivos y objetivos será siempre un espacio en constante resignificación. Así como, fragmentos textuales que se enlazan en la memoria presidiendo las experiencias subjetivas, espirituales y colectivas (Cassigoli, 2010, pág. 28).

1.3 Espacio urbano y literatura

La cultura y sus representaciones artísticas como la literatura, la pintura, el cine, etc, son el legado de la memoria con la que es posible leer los hechos históricos de otros tiempos y espacios para reconstruirlos y traerlos al presente. En la literatura no se plasman los hechos sistemáticos ni memorizados, sino que se reconstruyen a partir de diferentes capas de espacio y tiempo. Al igual que la ciudad, la literatura es un palimpsesto que se conforma de restos y recoge "no los acontecimientos por sí mismos sino su reconstrucción en el tiempo" (Nora,2008, p.13), en donde los lugares de la memoria son "ante todo restos" (p.24) que perdurarán dentro de los libros, las fotografías, las películas.

Sin embargo, el debate que existe entre las formas de construir ciudad y las de pensar la ciudad, o, mejor dicho, de las posturas *realistas* y *utópicas*[7] difiere en que las primeras muestran proyectos tangibles sobre un espacio determinado, como por ejemplo, la construcción de un puente o de una plaza comercial en una colonia de clase media como la Roma o Polanco, mientras que las segundas buscan una reconceptualización sobre los métodos e interpretaciones teóricas en torno a la ciudad, como los estudios culturales urbanos, que desde finales de 1980 se

[7] Las investigaciones que han estudiado las tensiones existentes entre la ciudad y la cultura en sus diversas representaciones y especialmente en las artes, para dilucidar en las teorías racionalistas y funcionalistas, tienen un antecedente actual que si bien ya se había propuesto desde posturas de teóricos como Lewis Mumford, Lefebvre o Kevin Lynch, son realmente recientes y es por ello que las metodologías al respecto se siguen construyendo desde enfoques novedosos y principalmente desde los aportes de la multidiscplina.

empiezan a asentar como modelos que buscan una resignificación del concepto de ciudad desde la interdisciplina.

Como sabemos, este debate es una realidad dentro de la disciplina urbanística y la investigación teórica, puesto que como indaga Navarro en su ensayo *Literatura y Espacio Urbano,* la teoría y la práctica urbanística ha estado dominada por una excesiva especialización que deja de lado los aportes epistemológicos de otras formas de estudiar el hecho urbano como las artes, para planear nuevas formas de construir la ciudad. Sin embargo, como señala también, la literatura como producto cultural ha aportado a la urbanística interpretación al respecto de las transformaciones del territorio; ha descrito momentos históricos, hábitos sociales y ha brindado percepciones sobre el paisaje; lo que ha dado como resultado en algunos casos obtener información concreta; como en otros, tener imágenes preceptivas más abstractas dependiendo del filtro del autor que las escribe (Rovira, Navarro, 1993, pp.14-15).

Un ejemplo de ello sería la literatura de Italo Calvino y su serie de ensayos titulado las *Ciudades Invisibles* (1972), que se ha retomado para estudiar aspectos actuales del territorio, puesto que sus relatos hacen una metáfora de la globalización y sus consecuencias en las grandes megalópolis actuales, y cuyas reflexiones han brindado elementos necesarios para repensar las ciudades y contribuir a su valoración[8].

[8] Ejemplos de los aportes de Italo Calvino para reflexionar sobre las ciudades contemporáneas pueden ser: Corral, Clarisa. (2014). *La ciudad de Calvino y la Ciudad de moderna*, Revista Hache Arquitectura y Ciudad, No.1, págs. 82-99. https://publicacionescientificas.fadu.uba.ar/index.php/Hache/issue/view/53

Por otra parte, el debate entre las posturas teóricas metodológicas dentro de la disciplina urbanística ha sido de igual manera fructífero ya que, como señala Tena:

> Han estimulado una revisión crítica cada vez más sistemática, amplia y profunda del cuerpo teórico y metodológico del urbanismo y de otras disciplinas que abordan el estudio de la ciudad y del universo de actividades que contiene, con miras a identificar las mejores opciones de intervención urbana en las condiciones actuales; lo que implica: superar las fallas de interpretación de los modelos convencionales y, en todo caso, eliminar los efectos nocivos de sus prácticas; tarea que solamente puede ser concebida como una labor colectiva y permanente, destinada a generar o innovar conceptos, teorías y métodos de interpretación de la ciudad y de la vida urbana contemporáneas (Tena, 2006, p. 100).

Por ello, la investigación desde la multidisciplina en relación con las tensiones existentes entre la ciudad y la literatura hace posible que desde el estudio de las obras y de un autor específico se brinden aportes que arrojen luz no sólo al campo literario, sino, a la forma en la que se piensa y se construye la ciudad desde un enfoque sociocultural que sostiene que la Cultura y la Historia son factores determinantes para entender su funcionamiento, ya que en realidad, no existe mejor indicio de lo que la gente ve, siente y hace, que lo que encuentra su modo de expresión en poesías, obras y novelas contemporáneas (Mumford, 2018, p.630).

Asimismo, como suscribe el urbanista venezolano Arturo Almandoz la estructura literaria que existente sobre una ciudad, construida en términos de imágenes, personajes, escenarios, deseos y sueños asociados a esa ciudad es algo tan determinante e informante de nuestro entendimiento sobre ella como puede serlo su misma estructura física (Almandoz, 2008, p. 195).

Por otro lado y ante la crisis que hoy experimenta la Ciudad de México, la necesidad de "nombrar a la ciudad con todas sus letras" desde el enfoque culturalista que en esta investigación se pretende, tiene que ver principalmente con las problemáticas que apunta Tena: 1) El aumento del conflicto de intereses que experimenta la ciudad 2) El creciente peso que adquiere la cultura en los procesos urbanos, como factor determinante en la configuración de la ciudad – tejido, organización, modalidades del espacio público y privado, etc. –, en las formas expresivas de la vida urbana (socialidad, significado, identidad, prácticas) y en la construcción del sentido en la ciudadanía (Tena, 2006, p.95).

Es por eso por lo que, ante esas dos realidades urbanas es preciso tener en cuenta que la ciudad no sólo se configura a partir del "espacio físico", sino también del "espacio mental" al que Lefebvre se refiere, puesto que la ciudad también es una red de experiencias, deseos, emociones y formas de habitar. Concebir la dimensión espacial de la ciudad a partir de sus subjetividades, brinda una posibilidad para reforzar la fundamentación simbólica, política y sensorial que posee el espacio urbano.

A su vez los espacios representativos dentro de las obras literaris, "los espacios de la memoria" que particulariza Pierre Nora, y que se recogen simbólicamente dentro de novelas, ensayos, narraciones y poesías, son también una realidad que

ha sido “vivida” por los escritores en tiempos y espacios específicos, pero que al releerlas en el presente se convierten en el “espacio y tiempo actual”. Subestimar, ignorar o reducir este espacio equivale a sobrestimar los textos, los escritos y las escrituras, lo legible y lo visible, hasta el punto de asignarles a éstos la inteligibilidad (p. 119).

La literatura puede ayudar a mantener la memoria de sus habitantes y con ello producir identidad y resignificación del espacio en el que se habita. Ya que al igual que cualquier otra expresión artística, producto de la sociedad, los textos tienen peso en nuestra realidad cotidiana y son capaces de crear nuevos imaginarios. Además los textos, nos acercan a la comprensión de la historia en un momento dado, posibilitando la conciencia histórica de lo que nos rodea, favoreciendo el reconocimiento de los distintivos urbanos que dialogan entre sí, como fuerzas para mantener la memoria de los habitantes con los lugares cotidianos, puesto que la memoria no es “cultivar la recordación” sino habitar el pasado aquí, en la responsabilidad presente (Cassigoli,2010, p.29).

Y aunque — preciso — no se pretende rechazar la perspectiva técnica del quehacer urbanístico como herramienta y camino, cierto es que los enfoques culturalistas tomaron fuerza ante las coyunturas y la exigencia que las ciudades occidentales les demandaban por lo que la literatura puede fungir como elemento epistémico y acercarnos a que lo mismo que puede aportar al arte lo puede aportar a la teoría y con ello encarar el conflicto de intereses que hay entre los habitantes respecto del espacio urbano (su derecho a la ciudad) y evaluar las alternativas que surgen ante las condiciones que hoy impone la globalización económica y la posmodernidad (Tena, 2006, p.96).

Segunda parte. La ciudad y el artista se alimentan mutuamente

Toda ciudad tiene su libro y algunas
no pueden pensarse sin la relación
con el escritor que las simboliza.

Vicente Quirarte

Sobre la segunda parte: Mapología del autor

Después de haber esclarecido el panorama general acerca de la relación que tiene la literatura que se ha producido en torno a la ciudad de México, así como los conceptos de carácter urbano – espacio urbano y memoria – que se han construido dentro de distintas representaciones literarias como la poesía o la narrativa mexicana a lo largo del tiempo, procederé a posicionar a nuestro sujeto de estudio, el escritor mexicano Vicente Quirarte, en un espacio urbano específico: la Ciudad de México.

Para ello, resulta importante conocer al escritor, su relación inherente con la ciudad y el impacto que ésta ha tenido dentro de su vida a partir de su dimensión sensorial y simbólica e incluso política. Por lo que desarrollaré, por medio de lo que he llamado una mapología *del autor*, una biografía en la que podamos vislumbrar, por medio de hitos o referencias del contexto citadino, cómo el Centro de la Ciudad de México, el artista, y la obra se alimentan mutuamente.

Asimismo, la finalidad de este apartado busca relacionar en el entramado complejo que supone la urbe a un habitante cuya trayectoria intelectual, artística y profesional confluyen en una obra literaria que brinda elementos teóricos sobre lo que distintos autores han dilucidado del concepto de memoria y espacio urbano, como praxis social al ser un lugar de aprendizaje y conocimiento histórico.

2.1 Mapología de Vicente Quirarte

Para poner en relación los conceptos de memoria y espacio con el autor, en este apartado se mostrará la urdimbre que se conforma al poner en relación los conceptos centrales en torno a las experiencias de vida del autor en la ciudad, el panorama cultural y literario de cada época, así como hechos históricos importantes que se configuraron en la ciudad de México. Esto con el fin de construir un mapa que nos brinde un panorama contextual acerca de cómo el espacio se puede construir a partir de la identificación de hitos (lugares de la memoria) y referentes históricos y culturales de un usuario, pero además escritor de la urbe.

Para ello la mapología se ha hecho a partir de la identificación de hitos y nodos que han marcado la vida del autor, la cual se elaboró en su mayoría a partir de su ensayo autobiográfico titulado *La invencible* (2012), además de información en torno a su biografía encontrada en entrevistas, conferencias y artículos en donde el autor haya brindado otros referentes sobre su experiencia en la urbe que empieza desde el Centro de la Ciudad de México hacia el Sur. Con el fin de crear un mapa en donde podamos visualizar los hitos y las derivas que el autor ha tenido a través del tiempo.

Luego pues, el trazo histórico que he realizado para identificar dichos elementos en esta tesis ha sido a partir de la metáfora “ciudad monstruo” a la que el propio autor se alude en varios de sus poemas y prosas, para referirse a una ciudad cambiante, terrible y, sin embargo, maravillosa. La metáfora como recurso de esta tesis es para establecer una correspondencia entre el hecho de que la ciudad se ha ido transformando como un Frankenstein en lo que ahora se puede

denominar la ciudad posmoderna. Para lograrlo, los periodos que aquí identifico son cuatro:

El primero, “El origen”, abarca la infancia del autor hasta la edad de quince años. En esta etapa de su vida se pueden identificar lugares, espacios, influencias y primeras experiencias que llevaron a Quirarte a la escritura y a su pasión por la urbe. Abarca los años de 1954 a 1969 y sus principales hitos se encuentran en el barrio de la Lagunilla y sus alrededores.

El segundo proceso lo he denominado el de “la deformación”, por ser la etapa en donde la ciudad empezaba a mostrarse como una vorágine en crecimiento que determinaría parte de la percepción del autor acerca de la ciudad. Este periodo comprende los años de 1970 a 1985 y está marcado principalmente por la expansión de la ciudad a partir de sus vías y transportes. Por la salida del autor de un espacio íntimo que fue su domicilio a otros espacios, como el metro u otra colonia como la Roma.

Después, identificó la etapa llamada “la transformación” porque es el momento en donde el autor transmite sus conocimientos a la sociedad. Está marcada por sus desplazamientos hacia el sur, hacía la UNAM y abarca de 1990 a los 2000.

Finalmente, el cuarto hito es el “Frankenstein” y parte a inicios del siglo XXI, pero es una etapa inacaba al ser un autor vivo que sigue escribiendo sobre la ciudad. Una ciudad que su problemática se centra en la violencia y su cultura en las tecnologías. Una ciudad que ha llevado a nuestro autor del Centro a al Sur, de su deriva urbana y cuya experiencia vital en la ciudad ha permeado en su vida y en su obra.

Como un monstruo de proporciones inconmensurables la Ciudad de México es la metáfora del Frankestein por padecer dos características elementales: mutación y defectos que, como Piña Zentella describe en su texto: *Trazo Urbano en la obra de Vicente Quirarte* (2008), el primero se debe a un efecto constante y visible en la urbe, mientras que el segundo es menos evidente pero son las cicatrices que se fijan en cada símbolo urbano: calles, muros, asfalto, lo que la convierten víctima de su marginación (Zentella, 2008, p.24).

El resultado es una suerte de sintaxis u orden del espacio, que busca dar significado al lugar por dónde el autor ha transcurrido su vida, vislumbrar sus cambios tanto en la urbe como en su persona, recorrer con él sus derivas, identificar los conceptos que posteriormente veremos reflejados en su obra y, sobre todo, conocer a un autor vivo[9] cuya obra es una manifestación de amor y conocimiento por la urbe.

2.2.1 El origen

Vicente Quirarte nació el 19 de julio de 1954, en el Centro de la Ciudad de México, lugar que en ese entonces se posicionó como emblema de continuo progreso y transformación urbana. Nacer en ese lugar, el llamado coloquialmente "ombligo" de la megalópolis, lo llevó a definirse como un habitante centrícola[10], ya que el autor

[9] Al ser un autor vivo es preciso hacer hincapié en que es una mapología inacabada y que pretende continuar refinando sus argumentos y ampliando los "lugares de la memoria" a los que Nora se refiere para dilucidar sobre el espacio que Lefebvre nos ha transmitido en sus investigaciones. La ciudad como esta biografía es un poema inacabado.

[10] Gentilicio propuesto por José Joaquín Blanco para nombrar a toda aquella persona originaria del Centro Histórico de la ciudad.

vivió la etapa de su primera infancia en el barrio de La Lagunilla hasta la edad de quince años.

Al respecto el autor narra: “viví mis primeros quince años en relación estrecha con piedras y fantasmas de la vieja ciudad. Cuando daba mis primeros pasos en ella Agustín Yáñez escribía *Ojerosa y pintada* (Quirarte, 2012, p. 118). Lo que nos habla de una ciudad a principios de los años cincuenta en la que la población de la ciudad era apenas de 3 millones de habitantes y en la que el ferrocarril aún era un transporte esencial para la movilidad, en donde las películas aún se transmitían en blanco y negro en los antiguos cine “ Maya, Florida, Máximo, Coloso,/ nombres de grandes barcos a punto de la hora vesperal/ cuando la luz se hacía y comenzaba el viaje” (Quirarte, 2014, pp.35-36) en donde nuestro autor tuvo sus primeras experiencias fílmicas y a los cuales les dedica dichos versos, al ser de los primeros lugares alojados en la memoria de su infancia.

Ilustración 2. Vicente Quirarte de pequeño con su madre

La época en la que nació nuestro autor también fue la época en la que cuenta Juan Villoro en su libro *El Vértigo horizontal. Una ciudad llamada México*, se construyen los referentes arquitectónicos más importantes hasta entonces y en la que la ciudad se convierte en personaje total: “En 1958, dos años después de que inaugurara la Torre Latinoamericana, Carlos Fuentes publicó la Región más transparente. No se trataba de la primera novela urbana, pero sí de la primera que convertía a la capital en la protagonista del relato” (Villoro, 2014, p. 74).

En esta primera etapa de la vida del autor la ubicación de su primer domicilio es fundamental, ya que el valor del inmueble es histórico por haber sido una de las casas del siglo dieciocho y parte del antiguo convento de San Lorenzo. Ubicada en la calle de Allende, 48, esquina con Perú, el inmueble resguardó gran parte de las memorias del autor y de los de su familia. Lamentablemente el edificio fue demolido por el estrago del tiempo en el año 2015.

Desde su morada Vicente Quirarte aprendió a leer los espacios, ya fuera desde la curiosidad prematura por los libros que Martín Quirarte, su padre, albergaba en su vasta biblioteca, ya fuera por las actividades infantiles a las que se entregaba cuando niño y, sobre todo, por la capacidad del autor — como la de cualquier niño — para sorprenderse ante las grandezas y las simplezas de la ciudad. Asimismo, la ubicación del domicilio del autor, le permitió conocer la dinámica de ajetreo constante y de misterio perpetuo de las calles del centro de la ciudad, así como conocer edificios del centro emblemáticos y también estar cerca de las dinámicas de los trabajadores, visitantes, extranjeros, etc, que recorrían el lugar. Para nuestro autor, la ciudad significaba una gran casa en donde todo confluye, los cines, las personas, su relación con lo exterior. Mientras que su domicilio

representaba el espacio íntimo y familiar, la ciudad era el espacio de lo común y de lo inmenso. Vicente Quirarte narra al respecto:

> La ciudad era inmensa y al mismo tiempo íntima. Nada teníamos y nada faltaba. La calle era territorio inagotable, cuyos viejos edificios eran nuestro presente vivo. El mundo más real era en blanco y negro: matinés de programa triple en cienes de nombres tan hiperbólicos como sus vastas naves: Máximo, Coloso, Monumental (Quirarte, 2012, p. 119).

La ciudad en la que Vicente Quirarte vivió su infancia era una en la que era posible sembrar el asombro ante sus cambios. El cine, y en realidad, toda la cultura de la ciudad se contenía en Centro, desde museos, librerías, teatros y cantinas, el centro concentró la dinámica de todos los servicios y equipamientos.

Al ser parte del centro, nuestro autor tuvo acceso a cines como el Coloso, que en los años cincuenta apenas tenía 10 años de haberse inaugurado. Ubicado en la Calzada Niño Perdido, hoy el Eje Central, el cine Coloso, así como el Monumental o el cine Máximo, es un recuerdo del que sólo quedan rastros por fotografías antiguas y alguna sobra de su fachada.

La ciudad fue la protagonista en los primeros años de Quirarte, así como su familia quienes son necesarios para complementar “el origen” de sus primeras experiencias literarias y urbanas. Hablemos de su padre: el historiador Martín Quirarte maestro que dedicó su vida a la enseñanza de dicha materia en la Universidad Nacional Autónoma de México y autor de libros imprescindibles para

entender la historia de nuestro país como lo son *Visión panorámica de la Historia de México* (1965) o *El problema religioso en México* (1967); fue un intelectual de la UNAM cuya vida estuvo entregada en cuerpo y alma a la enseñanza y al conocimiento. Primera influencia para que nuestro autor se haya interesado por la Historia Nacional, por los mapas, por los paisajes y con mayor profundidad por los hechos que suceden dentro del espacio urbano. Martín Quirarte, fue eslabón cuya influencia en la vida y obra de nuestro autor es tan importante, como lo ha sido su madre Luz Castañeda y que queda sentada en libros como *La invencible* (2012) y *Luz Armada* (2019)[11].

Toda la niñez y primera juventud del autor estuvieron sitiadas en las entrañas de una ciudad que motivaron sus intereses en la arquitectura y la pintura, de hecho, apunte interesante, es que Quirarte quería ser arquitecto, sin embargo, consideró necesario introducirse a la escritura por el medio de las letras y la filosofía. El talento y la disciplina nunca le fueron vedados por lo que a la edad de 15 años ganó su primer reconocimiento como poeta con un poema titulado “La calle” en honor a la conmemoración del poeta Ramón López Velarde. El reconocimiento le fue otorgado por la académica mexicana Clementina Díaz y de Ovando[12], quien también fue una de sus mentoras en materia de historia y educación.

---

[11] Ensayos autobiográficos de Vicente Quirarte. Como se mencionó en la introducción a este capítulo, la mayoría de las referencias autobiográficas se retomaron de libro La invencible (2012) en donde se identificaron los hitos relevantes del autor en relación con su experiencia autobiográfica.

[12] Clementina Díaz y de Ovando (1916-1912). Académica y catedrática especialista en investigaciones de la arquitectura de la Nueva España y en la pedagogía jesuítica de la época.

Si bien, el amor por una muchacha fue su inspiración para dicho poema, también lo fue la ciudad y la influencia de autores que al igual que él, indagaban en el impacto que la vorágine urbana tenía sobre ellos. Escritores como Baudelaire, Rimbaud, Walter Benjamín son escritores que influyeron a nuestro autor y en donde a través de su obra se corroboraba la relación inherente entre los escritores y su ciudad. Sin los escritores sería imposible conocer la existencia de cada urbe, su historia y la identidad que de ellas emana.

Como a los escritores que fueron influencia primordial para nuestro autor, la ciudad provocó un impacto en su propia forma de entender y escribir el mundo. A sus 15 años, ya eran los años sesenta la ciudad empezaba a tener cambios que él mismo constataba: la población aumentaba rápidamente (en los años sesenta era de aprox. 6 millones), se dio a conocer en el Diario Oficial de la Federación la construcción del transporte colectivo metro, que en 1969 empezaría a circular de Zaragoza a Chapultepec, para conectar los viajes del centro a otras partes de la ciudad, que poco a poco se extendía.

Entre el alumbrado público, múltiples monumentos y el crecimiento de la metrópoli mexicana se empezaban a advertir las marcas o consecuencias de las tensiones políticas y culturales que traía consigo la modernidad. La matanza de 1968 en Tlatelolco es posiblemente el primer hecho sociopolítico que marcó hasta entonces la experiencia de Vicente Quirarte, y la de toda la sociedad mexicana, ya que el hecho no sólo tuvo impacto político, sino también en la forma en la que hasta entonces se conformaba la ciudad. En su experiencia personal, Quirarte cuenta:

> Desde el balcón de la casa escuchábamos a los muchachos de la ESIME, en el único y heroico 1968, gritar la consigna "Por San Juan de Letrán, por San Juan de Letrán". Por esa misma calle vimos la tarde del 2 de octubre los carros de asalto rumbo a Tlatelolco (p.116).

Para 1968 el entonces llamado Distrito Federal[13], contaba con cerca de 6 millones de habitantes y una densidad de 500 habitantes por kilómetro cuadrado. La ciudad se extendía rápidamente y las tensiones políticas aumentaron en torno a las necesidades de ciudadanos que exigían al entonces presidente Gustavo Díaz Ordaz, igualdad y justicia. Entonces la ciudad se convirtió en un espacio de demanda y lucha social. Como explica Kuri "es en el espacio público, justamente, donde se entablan luchas políticas, materiales y simbólicas encuadradas a desplegar diferentes visiones sobre el pasado (Kuri, 2017, p. 16). La plaza de Tlatelolco, en donde se desplegó la matanza de estudiantes, así como otros espacios de la ciudad como Ciudad Universitaria, se han convertido en lugares cargados de significado político, social y cultural. Pero también de una memoria histórica que proviene de los afectos y de la experiencia de diversos actores sobre el espacio, que otorgan sentido y significado al mismo.

Sin los escritores, movimientos como el del 68, no serían entendidos desde diversas voces (no solo la política) por lo que la literatura dejaría un legado sobre el

[13] Con la finalidad de conseguir autonomía política y jurídica la ZMVM, dejó de llamarse Distrito Federal en el año 2016 para adoptar una nueva identidad a partir de otorgar el nombre de Ciudad de México.

movimiento que marcó la historia de la Ciudad de México. Escritores como Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska, Fernando del Paso, José Revueltas, la poeta Rosario Castellanos, Rubén Bonifaz Nuño, Jaime Sabines, entre muchos otros narraron el conflicto con suma sensibilidad y crítica. Durante esa época se suscitó un cambio cultural en la sociedad civil y la labor de escritores y artistas por defender, analizar y entender el movimiento estudiantil fue fundamental para exponer escenarios que revelaban desigualdad, indignación o explotación; temas que al ponerse sobre la mesa provocan subversión, pero también, dichos textos, crónicas, cronologías, fotografías, novelas y poemas serían los testimonios con los que hoy en día analizamos el pasado de aquel movimiento.

Dentro y fuera de la literatura también se develan posturas políticas, necesarias siempre para entender el tiempo y espacio en que la obra y su autor se encuentran inmersos. Y, por otra parte, la cultura y sus representaciones artísticas como la literatura, la pintura, el cine, etc, son el legado de la memoria con la que es posible leer los hechos históricos de otros tiempos y espacios para reconstruirlos y traerlos al presente. En la literatura no se plasman los hechos sistemáticos ni memorizados, sino que se reconstruyen a partir de diferentes capas de espacio y tiempo. Al igual que la ciudad, la literatura es un palimpsesto que se conforma de restos y recoge “no los acontecimientos por sí mismos sino su reconstrucción en el tiempo” (Nora,2008, p.13), en donde los lugares de la memoria son “ante todo restos” (p.24) que perdurarán dentro de los libros, las fotografías, las películas.

Así construye Vicente Quirarte su obra: a partir de lugares de la memoria que son restos del pasado que reconstruyen su presente. En los cimientos el primer “lugar de la memoria” es su domicilio, la morada de donde surge todo el espacio

que circunda el centro de una ciudad que se iba desenvolviendo frente a él como un Leviatán, una mole fascinante y al mismo tiempo horrenda de la que era preciso escribir, como lo hizo con su primer poema. Como ha señalado la teórica Katia Mandoki:

> El arraigo al terruño es un apego al paisaje, a sus gentes, a sus costumbres. Un factor esencial del arraigo es la permanencia. Se cuenta con que la montaña, la casa, el árbol vetusto, los rituales y narrativas compartidas rebasen la existencia individual y perduren amalgamando en referencias comunes al hombre con sus semejantes y con su entorno. El arraigo se finca en hitos que vinculan a los hombres con generaciones previas y futuras permitiéndoles habitar, desde los imaginarios sociales, en los lugares que los acogen y les dan sentido (Mandoki, 1998, p.197).

La ciudad en Vicente Quirarte es su primer habitar en el mundo, es como señala Cassigoli: “la significación orgánica, mental, y poética” (Cassigoli,2010, p. 25) que tuvo de niño en primera instancia para configurar su propio espacio. La ciudad como “origen”, significa también las primeras experiencias de nuestro autor en una ciudad, que en los primeros 15 años del autor sufrió cambios y metamorfosis, al igual que un adolescente: cambios bruscos, cambios incómodos, cambios indeseados pero inevitables.

2.2.2 La deformación

Los acontecimientos que dieron origen a las primeras experiencias urbanas de Quirarte están marcados por el descubrimiento y los cambios que se resentían tanto en su crecimiento como en las formas que iba adquiriendo la ciudad. Como representación de un ser vivo que cambia y se transforma, los años siguientes para Vicente Quirarte, estarían marcados por una ciudad entrando a la década de los setenta acompañada por un crecimiento urbano ininterrumpido, tan sólo el llamado Distrito Federal contaba con 6,874, 165 millones de habitantes, mientras que la población total del país alcanzaba ya los 48 millones de habitantes.

La economía de la época estuvo marcada por la idea de progreso y modernidad, por lo que la construcción o expansión de vías como el Circuito Interior hacia el sur-poniente y transportes como el metro que empezaban sus funciones, buscaban conectar los puntos de la ciudad que ya para entonces se extendían del centro a la periferia. Como tentáculos del monstruo.

Por motivos familiares Vicente Quirarte y su familia se mudan del barrio La Lagunilla a la colonia Roma. “El año del mundial de México y del estreno del metro que transformaba el tiempo y el espacio entre el norte y el sur. Nos mudamos a una vieja casa de principios del siglo XX que papá se encargó de remodelar”, cuenta Quirarte. Sin embargo, como también añade: “Lejos de todo pensábamos que el centro, el nuestro, era el único lugar para vivir, y a él regresábamos con cualquier pretexto” (LOCAL, 2010).

En esta época, el metro fue el elemento que llegó a desplazar a los tranvías que circulaban principalmente en el Zócalo, para extender los recorridos que se

hacían necesarios de extremo a extremo de la ciudad. Del metro, cuenta Quirate, se hizo “amigo y canalla” porque fue el transporte que le permitió afinar su capacidad de observación para introducirse en sus usuarios y hacer suyo sus universos. En una entrevista dice:

> El Metro es un vehículo que ha sido fundamental en mi educación sentimental, yo lo empecé a usar justamente cuando me cambié a la colonia Roma en 1970 y se convirtió en un instrumento de observación. Ya no lo uso mucho porque ya no pertenezco al Metro, es horrible, te expulsa, ya no perteneces a ese mundo, no eres bienvenido, se vuelve un universo ajeno. Pero en su momento lo usé muchísimo, todavía lo uso cuando voy al centro, prefiero usar el Metro a otro transporte (Cruz, 2019)

El metro sustituyó de apoco el tranvía que dejaría de funcionar definitivamente en 1979. Al introducirse el metro y al mudarse a la colonia Roma se modifica la percepción y el desplazamiento espacial de Quirarte ya que como ha señalado Lefevbre “las prácticas espaciales son inherentes a las formas” (Lefebvre, 2013, p. 77) y esto se empieza ver reflejado en su literatura, ya que el autor trasladaría a su literatura las experiencias vitales que tenían que ver con estos cambios. Su poema dedicado al metro lo confirma: “En Pino Suárez y San Salvador llega la lluvia/ Las dos torres de catedral naufragan, a lo lejos” (Quirarte, 2000, pp. 139-141).

La nostalgia impregnada por los lugares y tiempos pasados se empieza a hacer presentes en la literatura y experiencia urbana del nuestro autor ya que el

Centro de la ciudad fue parte de su origen, pero la colonia Roma fue el barrio que conoció sus verdaderos cambios. Nuestro autor recuerda que: “Poco a poco, la casa y el barrio nos fueron haciendo suyos hasta que comprendimos que la Roma era el único lugar para vivir. Y para morir. En la funeraria El Ángel de la calle de Tonalá hemos concentrado el dolor tribal de las sucesivas partidas” (LOCAL, 2010), ya que ese nuevo lugar de la memoria estaría marcado por la pérdida de su hermano y por las experiencias personales que impregnaban de sentido y significado palabras como familia o casa.

Los años setenta, significan llevar a cabo un proceso no sólo material de cambios para la ciudad con sus alcances cosmopolitas, sino que también muestran a una ciudad desconocida que de apoco se fragmentaba y se difuminaba tanto por la centralización de los recursos y el aumento del coste de la vivienda, como por la exclusión que este mismo enfoque de planeación urbana representaba para los habitantes que poco a poco eran expulsados de la ciudad central, del goce de servicios y de acceso a cultura que la cercanía proveía.

Aunque nuestro autor ya no vivía en La Lagunilla, pertenecía, en aquel tiempo, a una colonia cuyos privilegios han quedado de alguna manera sentados a su cercanía al Centro y a su multiplicidad de servicios y acceso a la cultura, puesto que en la colonia Roma ya se sentaban las principales actividades artísticas y culturales de la época. Por ella transitaron grandes referentes literarios como Ramón López Velarde, que se vuelve un referente para la colonia en la época Porfirista. Mientras que, el escritor José Emilio Pacheco, considera que es en la novela *Salamandra*, de Efraín Rebolledo que la colonia se muestra como personaje.

En la década de 1950 cuando la expansión demográfica y la expansión periférica desbordaron la Ciudad de México. El DF y su zona urbana (18 municipios del Estado de México) era de casi 14 millones, lo que paradójicamente se contrapuso al sistema de desarrollo capitalista, puesto que gran parte del país atravesaba por problemas de vivienda, mercado informal debido a la inestabilidad laboral y a la marginación. Como escribe Lewis Mumford: “a medida que el ritmo de la urbanización aumentaba, el círculo de la devastación se ampliaba” (Mumford, 2018, p. 22).

En esa época Vicente Quirarte, con sus evidentes afinidades para las letras y sus intereses por la arquitectura y las artes lo llevaron a elegir la carrera de Lengua y Literatura Hispánica en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, lugar en donde su padre había sido profesor durante toda su vida. Para esta etapa de vida el autor narra: “Ascética, espartana y heroica por simple y solitaria, la carrera me llevó a conocer la ciudad de otra manera” (Quirarte, 2012, p.73). Para esa época Nuestro autor ya había ganado premios como el Premio Punto de Partida 1977, el Premio Nacional de Poesía Joven de México Elías Nandino 1979.

En 1980, Quirarte, da a conocerse con su primer libro de poemas titulado *Teatro sobre el viento armado* (1980), en donde el autor empieza a esbozar la relación inherente de la ciudad con el cuerpo de lo amado. En su poema titulado “Mester del silencio” dice: “y la voz callada de la calle, / la calle que conoce/ nuestro heroísmo de amarla cada día/ No detenerse ni al lamento del alba, / y apenas salga el sol, / arrojarle al rostro las cenizas” (Quirarte, 2000, p.25). Reafirmando en la nostalgia que su percepción de la ciudad cambia en torno a sus propios cambios, convirtiéndose uno y otro en el motivo de su creación.

Para el año 1985 la ciudad soportaría el sismo con más consecuencias para el todavía llamado Distrito Federal. Con una escala de 8.1 grados en la escala Richter, el hecatombe derribó lugares como el Hotel Regis, el Hospital Juárez o el complejo habitacional de Tlatelolco por el que también Quirarte deambulaba de niño, así como, su propia casa —mencionada anteriormente— sufrieron los estragos no sólo de la naturaleza, sino también de las malas decisiones que revelaban la intrahistoria de un territorio que soportó en sus cimientos los arbitrajes del ordenamiento territorial, la corrupción inmobiliaria y las centralización de bienes y servicios que dejaría miles de vidas debajo de los escombros.

Inmerso en el mundo literario y artístico Quirarte se muda a vivir, incluso, al emblemático edifico Río de Janeiro, mejor conocido como la casa de “Las Brujas”, ubicada en entre las calles Durango y Orizaba, cuya construcción se caracteriza por ser el primer edificio de departamentos, encargo otrora por el presidente de México, Porfirio Diaz. En esa casa, Quirarte convivió con todo tipo de artistas, desde pintores, bailarines, hasta escritores de su generación como el poeta Marco Antonio de Campos y Guillermo Fernández. Sin embargo, la casa empezó a sufrir el deterioro del tiempo en los años setenta y definitivamente fue clausurada en el año de 1985. Quirarte cuenta:

> En 1985, el terremoto nos expulsó del bello edificio conocido como Casa de las Brujas en nuestra amada y castigada Colonia Roma. Cuando en esos días de confusión y dolor, de duelo colectivo, el ejército avisó que iba a acordonar la zona y que podíamos entrar a nuestras casas a recoger rápidamente lo que pudiéramos (Tierra Adentro, 2012).

Las construcciones que se han perdido debido a múltiples factores como el sismo, son referentes en donde es posible anclar el recuerdo de los hechos, desentrañarlos y al mismo tiempo imaginar la ciudad de aquellos días. Hitos clave que nos permiten construir el espacio por donde aconteció o terminó la vida. Entonces la catástrofe sale de la memoria como un recuerdo individual y se vuelve un referente colectivo.

Al respecto, Marie-Claire Lavabre, en su artículo llamado "Maurice Halbwachs y la sociología de la memoria", sostiene:

> La memoria se inscribe en una materialidad, un espacio y lugares específicos donde se reconocen los grupos activos en la sociedad. Desde ese punto de vista, la memoria es necesariamente plural, multiforme, y se inscribe en la multiplicidad de tiempos sociales y espacios diferenciados de los cuales se apropian los grupos (Lavabre,1998, p.9).

Uno de los grupos que se apropió de aquel suceso fueron los escritores. La megalópolis mexicana después del terremoto cambió para siempre el rostro del País. Gran parte del territorio mexicano se encontraba literalmente en ruinas y las artes fueron una vez más el reflejo más claro para evidenciar desde distintas sensibilidades la catástrofe. La literatura dio voz al dolor de sus habitantes, en crónicas, novelas y poemas, la memoria colectiva quedó plasmada.

La producción de obras artísticas y literarias surgidas del desastre dieron como resultado una “literatura del sismo” en donde textos de corte cronístico como *Nada, Nadie: las voces del temblor* de Elena Poniatowska (1988), *Entrada Libre* (1987), *No sin nosotros. Los días del terremoto 1985-2005* de Carlos Monsiváis o *Zona del desastre* (1986) de Cristina Pacheco, *Hemos perdido el reino* (1987) de Marco Antonio Campos, son ejemplos de la literatura que se escribió sobre el cataclismo. Crónicas, novelas, cuentos y poemas en donde quedó plasmada la memoria colectiva.

Las dinámicas sociales y culturales que entraron en acción con la crisis transformaron el curso de la población y con ello se produjeron nuevas territorialidades y percepciones del espacio. La manera en que se reconfiguraron nuevos discursos identitarios en torno a la ciudad desde la literatura, son hoy en día herramientas que nos hablan de los errores que no se deben volver a cometer.

Vicente Quirarte vivió y enfrentó la catástrofe como un hito histórico que miles de ciudadanos guardarán en la memoria de una ciudad que en las ruinas se erigió por encima de los escombros, configurándose nuevamente a partir de la esperanza colectiva que también evidenciaría la otra cara de la ciudad deformadora que daría paso a una nueva mutación de la ciudad. Ya que, como una nueva mutación del Frankenstein, ya ciudad ya no sólo se extendía, sino que crecía hacía las periferias.

2.2.3. La transformación

En la última década del siglo XX, la Zona Metropolitana alcanzó los 15 millones de habitantes, mientras que la del Distrito Federal era de 8 millones. Según el texto *La evolución de la Ciudad de México. Factores para el desarrollo social*,

Adolfo Sánchez Almanza, explica que la ciudad sufrió una transición estructural completa hacía el modelo económico neoliberal (Almanza, 2012, p. 6), lo que significó que en el país entero las brechas económicas se hicieran más marcadas, desplazando a completamente a sus habitantes a las zonas marginales de la como Iztapalapa o Nezahualcóyotl.

Nuestro autor para esta época tenía ya 28 años y estaba terminando sus estudios de licenciatura con honores, lo que lo lleva a seguir formándose en la Universidad Nacional Autónoma de México, especializándose constantemente en la corriente artística de los contemporáneos y en la Historia de México. A pesar de que Vicente Quirarte es ya un cosmopolita por sus viajes a otras ciudades del mundo, nunca abandona el país que lo ha visto crecer.

El acercamiento a este periodo de su vida es desde la óptica de la transformación, porque aquí se desarrolla la vida profesional del autor de forma constante en relación con la ciudad. Sus investigaciones, así como su obra literaria cobran sentido no sólo en el imaginario del autor, sino que éste lo transmite a sus alumnos y a sus lectores. Construye espacio y lo comparte. Construye memoria y la transmite.

Si bien pocos son los investigadores que han abordado la biografía de Vicente Quirarte más allá de su labor literaria, uno que lo ha hecho de forma cuantiosa y desde todas sus aristas, es el español Ignacio entrevista Pardo con su lúcido trabajo de posgrado *La dimensión cívica en la poesía mexicana desde 1960: Herencia, tradición y renovación en la obra de Vicente Quirarte,* de donde retomamos el aspecto de “poeta cívico”, que él explica para referirse a nuestro autor como alguien que cree en la sociedad. Ballester dice al respecto: “Mantiene la

esperanza en la ciudadanía, aún (o precisamente) en épocas de crisis; y defiende la poesía como la forma de expresar y comprender al ser humano que recorre esta inabarcable y monstruosa ciudad" (Ballester, p.102) y nuestro autor le responde con las siguientes palabras en una entrevista que le fue concedida a Ballester en el año 2015:

> No podemos ignorar todo ese cotidiano enfrentamiento de la ciudad; (…) la ciudad es el "espacio del encuentro de la fraternidad y del combate amoroso"; como dice Rubén Bonifaz; es el espacio donde definitivamente se dan todas las formas posibles de comunión. Y si lo perdemos, pues somos nosotros mismos" (102).

El concepto de civismo es un concepto ligado a la obra de Quirarte, que se aleja de la idea de nacionalismo en su obra, ya que el autor más bien lo que busca reflejar es una conciencia cívica sobre la ciudad que promueva la convivencia entre habitantes y cuidado del entorno.

Al respecto la última década del siglo XX pone a la ciudad de México como un espacio de múltiples contrastes, en donde se expresa un evidente cambio en el ámbito social, económico y cultural. La transición democrática, que define José Woldenberg en *La transición democrática mexicana*, se debe a la necesidad de una sociedad modernizada por una política acorde a sus múltiples cambios y pluralidades.

El ambiente cultural se notaba prolífico con un primer Premio Nobel logrado por el poeta mexicano Octavio Paz, el regreso de Carlos Fuentes a la vida pública, así

como el surgimiento de nuevas voces de la literatura que se esforzaron por reconstruir la historia de su ciudad, se presentaban como nuevas promesas de la literatura mexicana.

Ilustración 3. Portada del libro "La Ciudad de los Palacios"

Así mismo, obras como *La Ciudad de los palacios* (1990) de Guillermo Tovar de Teresa o la fotografía de Manuel Álvarez Bravo que expresaba los cambios no siempre voluntarios del rostro de la urbe. También, surgieron obras de corte político y social a partir del movimiento zapatista como *Guerra en el Paraíso* (1991) del chihuahuense Carlos Montemayor que se fincaron en una narrativa testimonial y hemerográfica para dar a conocer las guerrillas en otros lares del país, entre otros grandes escritores.

Para el año 1998 Vicente Quirarte en compañía del poeta e intelectual Rubén Bonifaz Nuño, configura para su tesis doctoral una de las obras más importantes para entender la ciudad de México: *Elogio de la calle. Biografía literaria de la*

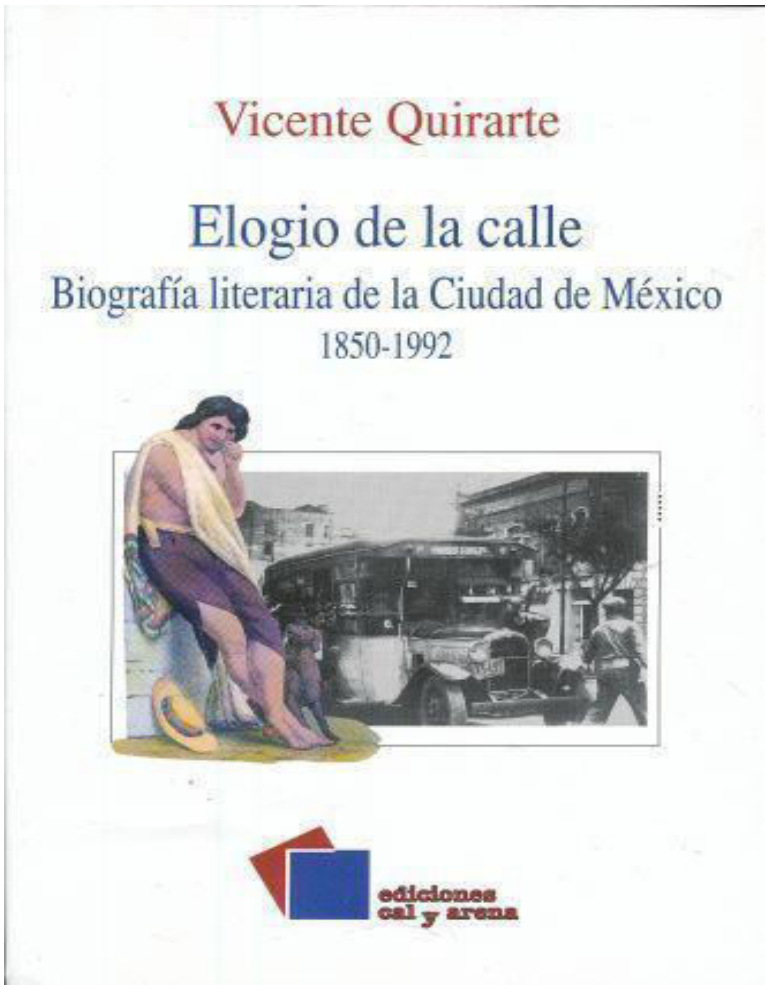


Ilustración 4. Potada del libro "Elogio de la calle..."

Ciudad de México. 1850-1992 (2010), trabajo que engloba su visión más sistemática sobre la polis y en dónde condensa sus saberes respecto la Historia, la cultura y el urbanismo.

Para Quirarte "el poeta como urbanista, es un lector profesional de su entorno, un iniciado capaz de traducir sus cambios y sus emociones: el poeta es el biógrafo emotivo de la urbe" (Quirarte, 2017), por lo que el meticuloso recorrido que hace como investigador, habitante, observador y sensible poeta dentro de dicho trabajo dan como resultado un libro biográfico cultural, histórico y social de las transformaciones urbanas durante un todo un siglo.

En las postrimerías del siglo XX, la llamada Ciudad de México, es ya un *pastiche* que se va acercando a la sociedad a experimentar el espacio y el tiempo de una manera distinta, de acuerdo con los medios dominantes y funcionales. Las nuevas tecnologías y el acceso a internet transformarían de los noventa para adelante la cultura modernista que en palabras de Harvey se decanta por una

concepción del tejido urbano fragmentado, un <<palimpsesto>> de formas del pasado superpuestas unas con otras, y un <<collage>> de usos corrientes, muchos de los cuales pueden ser efímeros (Harvey, 1998, p. 85).

Cambio que se deja ver en esta época en la experiencia urbana de Quirarte, puesto que el autor, al igual que varios de los temas implícitos en las obras antes mencionadas, se presenta una "fragmentación" del entorno, que inminentemente transforma los tópicos y las tramas culturales y literarias de esta época, atravesadas por el sentimiento de "recuperar" la ciudad del pasado, sus paisajes, sus palacios, su ambiente. Ante una ciudad que suscitaba fenómenos como la indiferencia, el desencuentro, la pérdida de memoria ante el pasado.

La transformación viene acompañada de los fenómenos que definen a cada época, el anonimato como condición de la posmodernidad, es al mismo tiempo la posibilidad que brinda la ciudad de "protegerse" de lo mismo a lo que se está expuesto, a miradas, a comentarios, a miles de habitantes que dan paso a una ciudad que se destruye, pero también se construye a sí misma cada día.

Para Quirarte una ciudad en la que "no pueden recargar los recuerdos. Es una ciudad desconocida por sus habitantes. Torre de Babel que no se eleva, sino que se expande en lenguas hermanas apenas comprensibles". Sin embargo, nuestro autor también concibe el cambio como virtud amatoria para renovar y fortalecer el afecto hacía la urbe.

2.2.4 La ciudad monstruo

El siglo XXI es, tal vez, la etapa de la ciudad y de la vida del autor en la que las problemáticas de la urbe se presentan a mayor escala y por tanto con mayor

violencia. Es la época en que las tecnologías y el acceso a internet se apropian de los usos y costumbres cotidianos, así como las construcciones de gran envergadura como la construcción del segundo piso del Periférico en 2005, dando paso a una ciudad Frankenstein sobreviviente a los embates del tiempo, una ciudad que pasada que ha desaparecido casi por completo.

En esta etapa, a inicios de la primera década de los dos miles, Vicente Quirarte es admitido miembro de la Academia Mexicana de la Lengua (2003) por promoción del filósofo e historiador Miguel León Portilla, en segunda ocasión por la investigadora Clementina Díaz y de Ovando y el catedrático José Pascual Buxó. Más allá de la rimbombancia de los nombres, estos son referentes de una labor intelectual cuya importancia para nuestro país y para nuestra investigación radica en que, las ideas de Quirarte atienden a la demanda de cambios, coyunturas y paradigmas que la historia representa. Por lo tanto, en una época en la que las necesidades y los deseos cambian constantemente, el lenguaje y el pensamiento histórico de alguien como nuestro autor fungen como un logro para el medio intelectual y cultural de la ciudad.

Durante esta época uno de los hechos que permanecen en la memoria de Vicente Quirarte fue la ola de violencia que marcó el inicio del siglo XXI en el país. Los altos índices de masacres provocadas por el crimen organizado (que hasta la fecha siguen siendo insostenibles para las formas de habitar) en la llamada “guerra contra el narcotráfico” protagonizada por el candidato en turno Felipe Calderón generó diversos movimientos sociales, así como demarcaciones de nuevas territorialidades y cartografías que ocuparon el espacio público.

Por un lado, las calles y las plazas se volvieron peligrosas, sobre todo, al norte del país, pero por el otro, también surgieron espacios de protesta y de valor, resultado de una sociedad sumida en el miedo y al mismo tiempo en la lucha por la recuperación de sus vidas y de sus territorios.

Si bien, dichas manifestaciones por este periodo no son casuales, sino causales, relevancia actual del espacio público, es decir, de la ciudad; se prefigura desde los años ochenta y noventa del siglo pasado, a partir de un modelo económico primordialmente demarcado por la globalización y la economía de consumo. La coyuntura daría como resultado una ciudad fragmentada, una cultura de la inmediatez, para enunciar a los espacios urbanos que cada vez es más complicado otorgarles valor y significado.

Ante estas realidades Vicente Quirarte opina en una entrevista realizada por el proyecto multimedia México Social en 2018, que:

> Es tarea del poeta plasmar, denunciar y mejorar la situación de su sociedad. Hoy que en todo el territorio nacional campea la ignorancia; ahora que los excesos están a la orden del día y que el escándalo es el tono predominante en las desafinadas sinfonías del poder, la poesía debe volver a salir a la calle a hablarnos con palabras de verdad, pero también de vida, sobre el sabotaje cotidiano que estamos construyendo ante la existencia (México Social, 2018).

La responsabilidad que el intelectual manifiesta sobre los aconteceres cotidianos de su ciudad, que a su vez lo implican y lo construyen tienen relación directa con las problemáticas relevantes que atañen a toda la sociedad, por lo que, considera que "nuestro país debería estar inundado de cultura a fin de generar mayor crítica social y mayor participación a través de una oferta cultural de calidad que requiere, por supuesto, de mayor infraestructura y de mayor inversión en recursos humanos y personal" (2018).

Como ha analizado el escritor y urbanista Ulises Paniagua Olivares en su tesis de maestría del Instituto Politécnico Nacional, titulada *Imaginarios urbanos y literarios en la colonia Roma. Memoria e identidad urbana frente al arribo de la posmodernidad*, la cultura para una ciudad es importante porque: "La ciudad va dejando signos, huellas en el paso del tiempo que no pueden desecharse. Lo significativo de esas huellas construye un gran texto en el que dialogamos como habitantes" (Paniagua, 2016, p.8).

La memoria y el espacio se van construyendo a la par del tiempo, y en su búsqueda transmiten el presente. La forma en la que la nombramos y la leemos es a su vez el reflejo de quienes la habitamos, por ello, a pesar de la violencia que degrada a la urbe, Quirarte tiene un aliento amoroso en sus textos y opiniones hacia la ciudad, como deja claro en una entrevista para la Jornada: "No niego la violencia cotidiana, pero trato de encontrar esos espacios de conciliación y de epifanía con la urbe, espacios que siguen existiendo dentro de su caos" (La jornada, 2015)

Los problemas que atañen a una ciudad como la mexicana cuya totalidad de su población es ya más del 80% urbana son, sin duda, efectos que ha dejado la degradación de la ciudad a través de los años, sin embargo, Quirarte, deja entrever

la importancia del nombrar y del lenguaje para enunciar dichas problemáticas y sus escritos se mantienen en la idea amorosa de recordar la ciudad y de nombrarla con amor.

Françoise Choay ha denominado la “muerte de la ciudad” para definir la época marcada por el consumo, lo Lefebvre también se refería al considerar que, la ciudad se planea a partir de relaciones de dominación (propiedad) y del funcionamiento de las superestructuras (instituciones). Se deja de lado el espacio social, es decir a los que habitan y construyen las interrelaciones para que ese espacio funcione. Lo que perpetúa las dinámicas de exclusión y anulación de los *otros* (Lefebvre, 2013, págs.55-57).

La literatura, en su manifestación más consciente de comprender un espacio es capaz de mostrar no sólo el fenómeno que ancla las dinámicas de lo cotidiano al territorio. Sino que, y específicamente en la obra quirartiana se desvelan los espacios por donde la historia no ha querido ver, por donde la cultura ha eliminado ciertas tribus. Por donde la experiencia le habla de una ciudad sucia, dolorosa, impetuosa, traicionera, pero al mismo tiempo abierta al intercambio, la renovación y sobre todo al amor y la pasión de sus habitantes.

Como narrador, ensayista y crítico de la realidad Quirarte ha desempeñado importantes cargos dentro de la institución académica mexicana. Durante el año 2004 al 2008, Quirarte dirigió la Biblioteca Nacional de México, puestos que le han permitido conjugar su compromiso intelectual con las diversas manifestaciones culturales que la ciudad y sus habitantes otorgan.

Siempre el espacio urbano ha sido su principal lugar y su personaje más misterioso. El andamiaje por el que transita es principalmente de carácter humano

y humanístico. Al respecto autores de su generación como Gonzalo Celorio, Eusebio Rubalcaba, Carlos Montemayor, entre otros, tienen a nuestro autor como referente literario, amistoso y apasionado de la ciudad. Yvonne Cansigno Gutiérrez lo coloca como una de las más importantes referencias de la generación literaria de los años cincuenta y define a Vicente Quirarte como un poeta que: “matiza sabiamente las propias imágenes en lo cotidiano y envuelve su poesía con la musicalidad que paradójicamente integran el mito y la realidad. Si bien en algunos momentos pudiese considerarse como un autor urbano, éste va más allá del significado de la realidad tocando la metafísica de los seres y las cosas” (Cansigno, 1993, p, 24).

Siguiendo a Cansigno, nuestro autor, es verdad, no solamente se ubica como un “autor urbano”, por la multiplicidad de los temas que aborda en sus narrativas, sin embargo, su obra siempre es atravesada por el poder de la ciudad. A estos trabajos se añade la publicación de ensayos, reseñas, poesía y traducciones en los principales suplementos culturales, diarios y revistas literarias de la Ciudad de México.

Por lo que el autor considera que las palabras y el regreso al pasado por medio de la literatura es importante para mantener viva la ciudad. Al respecto dice en una entrevista: “Yo creo que podamos nombrarla, mientras tengamos la capacidad de articularla en palabras, la ciudad continuará viva. Eso para mí sería el elemento simbólico y real más tangible, la palabra, la forma de nombrarla” (Mateos, Le Gall, 2017, p.178).

Quirarte reconstruye su espacio urbano a través de la memoria, de los recuerdos e imágenes que sucesivamente se aglutinan y que permiten que entre el

texto y la memoria se pueda trazar un mapa en donde la pervivencia de la urbe se hace posible a partir de la constante resignificación.

Por el sur de la ciudad — cuenta Quirarte — entró Manuel Payno a caballo (p. 136) y en el siglo XX pasó el "cuerpo duro y juvenil de Santa" personaje que se traslada de un entorno rural a uno urbano, relatado en la imprescindible obra de Federico Gamboa. San Ángel, antiguamente un territorio rural alejado de la ciudad ha sido espacio de múltiples historias. También es el lugar en donde se encuentra "La invencible" lugar de la memoria que Quirarte define como "desvencijada y mínima, sus puertas batientes a renunciado a la dignidad amenazada del vidrio" (Quirarte, 2012, p.165) cantina vecina de la Iglesia de San Jacinto y del sitio de taxis más antiguo de la ciudad (p. 135), es el lugar donde la memoria de nuestro autor ha quedado representada en su libro del mismo nombre.

Los últimos años de nuestro autor han sido en territorio sureño. "Supongo que moriré sureño. Tlalpan, San Jerónimo, Olivar de los Padres, Cuicuilco y finalmente Tlacopac, San Ángel, han sido espacios de mis últimos veinticinco años" (Quirarte, 2012, p. 132-133). Tlacopac, barrio que ha sido engullido por el crecimiento urbano, es el lugar de la memoria actual de nuestro autor, puesto que en él ama y da sentido a palabras como amor y familia "Amo mi barrio de Tlacopac, como a la mujer que allí vive" (p.133).

Vicente Quirarte es un autor vivo. Un autor que es caminante, y que al tiempo que acelera sus pasos recorre la ciudad que lo ha visto crecer, deformarse y transmutar y que a pesar de ello resguarda en su interior una belleza inconmensurable. El autor se ha transformado a la par de la ciudad y viceversa. El territorio que ha construido ha sido a partir de la experiencia directa con su entorno

y con los elementos que lo constituyen a la ciudad física y simbólicamente. De su lectura que empieza en el centro y se desplaza de a poco hasta el sur. De la observación de sus habitantes. Del arraigo a los hitos. Esos lugares de la memoria, que han forjado su identidad. De la escritura y la enseñanza que hacen del pasado un tiempo presente. Un espacio nuevo.

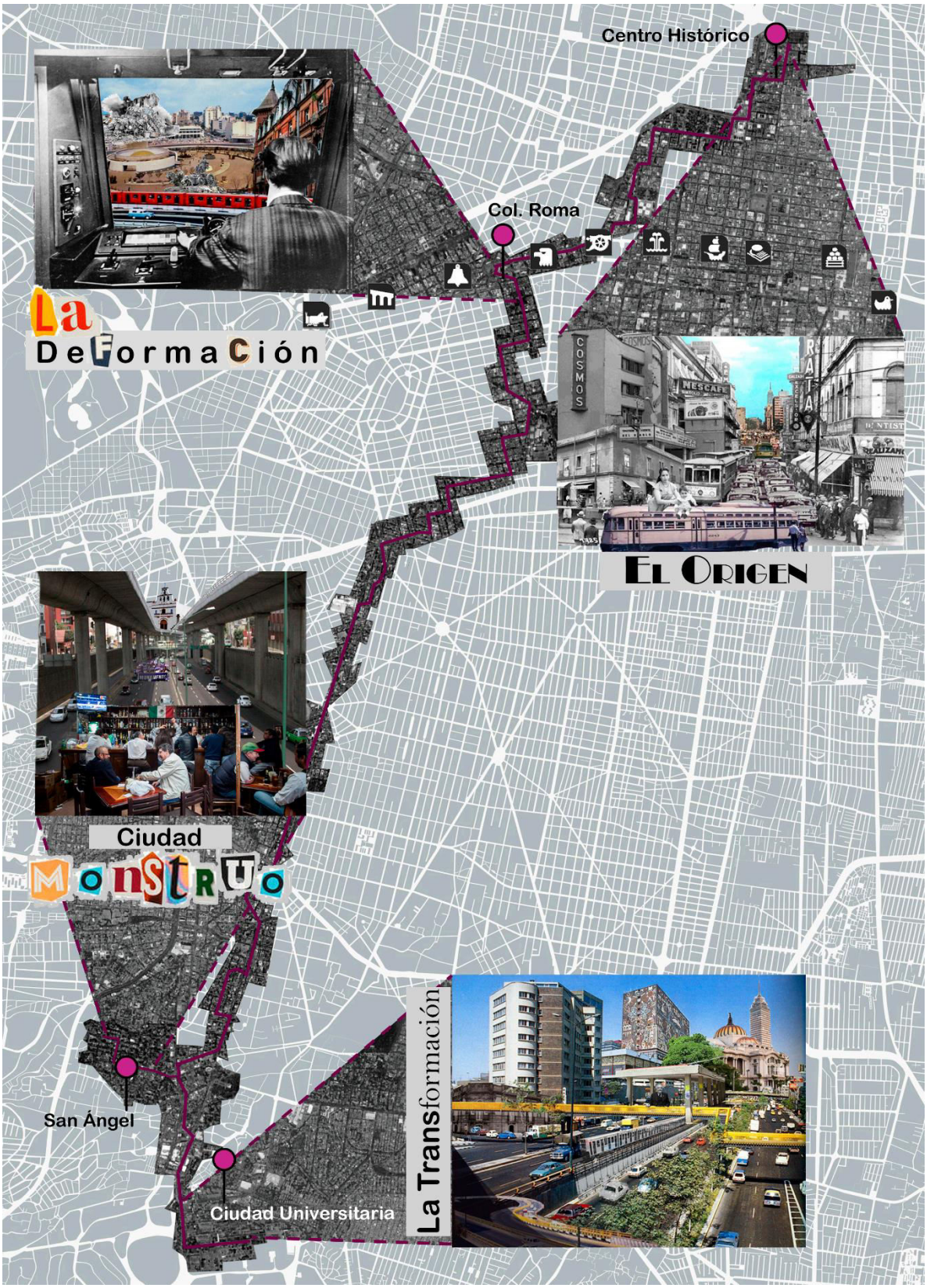
Como lo dice en su poema Vicente Quirarte:

> La ciudad ha cambiado y yo con ella.
> Antes el frío era un compañero rudo
> Contra el cual se peleaba por deporte.
> Ahora,
> Cuando siento que el brazo se me entume,
> Abandono la calle, entro en la casa,
> Llego hasta a cantar en voz muy baja
> Como si así ahuyentara los acechos
> De que tiene el número y la llave.

Vicente Quirarte

El siguiente se realizó con técnica collage, y muestra los lugares representativos para nuestro autor, su recorrido de vida por la urbe:

Ilustración 5. Mapología del autor



Fuente. Elaboración propia

2.2 La importancia de un autor *en* y *para* la ciudad

La importancia de hablar de un autor como lo es Vicente Quirarte es que, como señala Ángel Rama, “No deberíamos olvidar nunca que el escritor es, ante todo, un productor” (Rama, 1998, p.133), de cultura y también de espacio. Sus obras son reflejo de su experiencia particular en el territorio, pero también son resultado de un tiempo y espacio definido. Se insertan en la sociedad y en la historia y comunican la cultura del tiempo al que pertenecen.

Entendido desde esa perspectiva, la biografía de Vicente Quirarte no se reduce a una simple suma de fechas, sino al recorrido por el cual, mediante la memoria, ha construido una ciudad posible. Ya que como escribe Norberto Feal es en la acción del recorrido en donde se “se va a ubicar la posibilidad de reconstruir las ruinas del significado del hecho urbano” (Feal, 2005, p. 4).

Vicente Quirarte reconstruye la ciudad desde la metáfora literaria, sino que erige un lugar que combina la realidad de la ciudad con su idealidad, la práctica, lo simbólico y lo imaginario (Lefebvre, 2013, p.130). Amalgamando una visión que no excluye la experiencia tanto material como simbólica del territorio que lo sostiene y lo interpela en toda su complejidad y multiplicidad.

El trabajo de Vicente Quirarte como habitante y escritor de la ciudad de México confluyen en las múltiples ciudades que habita real y simbólicamente en la memoria y se unen en el conjunto de su obra, relación que como Octavio Paz señala al estudiar las tensiones de las categorías vida y obra en Sor Juana Inés de la Cruz “nunca es simple”, ya que hay que tener en cuenta lo siguiente si queremos atisbar

en la relación compleja e inherente que se despliega entre la relación vida y obra, así como la importancia de un escritor:

> La vida no explica enteramente la obra y la obra tampoco explica la vida. Entre una y otra hay una zona vacía, una hendidura. Hay algo que está en la obra que no está en la vida del autor; ese algo es lo que se llama creación o invención artística y literaria. El poeta, el escritor, es el olmo que sí da peras (Paz,1982)

Es decir, el escritor, es quien dejará en sus textos un legado que perdurará en el tiempo. El texto urbano como transmisor de historia y de cultura, en el aquí y ahora quedará sobre las ruinas de la ciudad. Su importancia no viene de la linealidad con la que se configuran algunos textos literarios, sino de los infinitos recorridos que van construyendo una red espacial en la que todos contribuimos al leer, sentir, recorrer, conocer, vivir y leer la ciudad.

Para Vicente Quirarte la ciudad es un texto que se configura a partir de la experiencia cotidiana de sus habitantes y traza una similitud entre el poeta y el urbanista al ser ambos los que en la ciudad acontece. En una conferencia titulada *Defensa y elogio de la Ciudad de México* explica que:

> La ciudad es un texto, y todos contribuimos a escribirlo. La pequeña odisea de recorrerla diariamente es tan importante como las heroicas epifanías que coronan nuestra aventura. El poeta, como el urbanista, es un lector profesional de su entorno, un iniciado capaz

> de traducir sus cambios y sus emociones. El poeta es un biógrafo emotivo de la urbe (AAPAUNAM, 2010, p. 150).

Vicente Quirarte construye el espacio urbano, como el arquitecto que erige un edificio. Su pluma es el martillo y la página en blanco el territorio en donde se despliega la ciudad. Es a través de sus múltiples derivas y recorridos que los elementos materiales como: casa, monumento, plaza, iglesia; etc cobran valor y significado, pero sólo y a partir de su relación con el entorno: vecinos, desconocidos, familiares, amigos, personajes ilustres; es lo que hace posible que se cree una poética delimitada y a la vez infinita sobre la ciudad.

Vicente Quirarte es parte de la sociedad y sus obras son un producto que contribuye a la cultura de nuestro país. Funge como partícipe y transmisor de las coyunturas sociales, políticas, históricas, geográficas, económica y pasionales que conforman el fenómeno urbano, variables que como analiza Pierre Bourdieu se desarrollan en el campo literario y tienen la capacidad de modificar las fuerzas que configuran el sistema capital.

Analizar la vida de un autor literario sin separar las variables que lo componen: espacio, memoria (tiempo) supone indagar en la vida de un artista que vive y padece la urbe. Aun artista y habitante al que lo interpelan las peculiaridades que conforman su existencia y que se encuentran en relación a su contexto, ya sean estas entendidas como un habitante cotidiano en sus dinámicas de intercambio cultural; social, económico, intelectual y gusto afectivas a través de cada etapa de su vida, es decir, de su historia y de un artista que es motivado consciente e inconscientemente por otros tiempos y otras fuerzas creativas que le hablan de lo

que le rodea y le significa (Paz, 1982, p.13); ya sea los hechos históricos de la ciudad y su fundación, los personajes literarios que han conformado la cultura de la ciudad; la multitud en la plaza o de la soledad entre la multitud de transeúntes, del espacio poético en el que la arquitectura se despliega o del paisaje que se traduce en la fotografía del tiempo.

Para Rolad Barthes, lo más importante no es “multiplicar las encuestas o los estudios funcionales de la ciudad, como multiplicar las lecturas de la ciudad, de las cuales, lamentablemente, sólo los escritores nos han dado algunos ejemplos”, ya que como el autor prosigue “A partir de esas lecturas, de esta reconstitución de una lengua o de un código de ciudad, podríamos orientarnos hacia medios de naturaleza más científica” (Roland Barthes, 1993, p.266). En esta lógica es donde se encuentra la pertinencia de estudiar a un escritor vivo como lo es Vicente Quirarte, cuya obra se ha visto influida hasta la actualidad por la estrecha relación que existe entre su vida y la ciudad que habita.

Finalmente, analizar todos los elementos que componen al espacio urbano desde un escritor que contribuye con su obra a la cultura de la ciudad y su historia desde su labor artística, nos permite indagar no sólo en lo que le compete al campo literario sobre este autor, sino que, también, su importancia radica en conocer cómo es que un escritor va erigiendo su espacio a partir de su propio recorrido en la ciudad, desde sus diferentes tiempos y capas que lo conforman para después desplegarlo en la escritura. Lo que nos permite ahondar en las lecturas que hacemos de la urbe desde el campo urbanístico y nos permite repensar las otras aristas con las que se puede construir la ciudad.

Tercera parte. Leer el espacio urbano de la Ciudad de México en la obra de Vicente Quirarte.

La ciudad real y la nación se pierden,
el texto y su transmisor perduran allí y ahora:
el tiempo puede ser destruido; los textos
que albergó cantan en los vientos que los esparcen.

George Steiner

Sobre la tercera parte 3: La ciudad en la obra del autor

¿Es posible construir el espacio urbano de la Ciudad de México dentro de la literatura de Vicente Quirarte? ¿Qué elementos constituyen lo urbano dentro de la literatura? ¿Cómo se relaciona el espacio y la memoria en Vicente Quirarte? ¿Cómo se ancla el espacio urbano en la memoria? El tercer capítulo de esta tesis quiere responder estos cuestionamientos a través de los libros que Vicente Quirarte ha escrito sobre la Ciudad de México, en donde la ciudad es protagonista, lugar en donde todo acontece.

Tanto en sus poemas como en sus textos en prosa, el autor va recogiendo capas de la ciudad de diferentes tiempos y espacios que conllevan a que el lector tenga una imagen de la Ciudad de México a partir de sus elementos constitutivos. La casa, la calle, el Centro de la Ciudad de México, los ciudadanos y el paisaje, construyen el espacio urbano que el autor ha erigido a partir de su propia experiencia urbana, que, como vimos en el segundo capítulo de esta tesis, se ha anclado en su memoria a partir de la dimensión material y simbólica que el espacio posee.

Retomando de lleno las reflexiones de Lefebvre y de los teóricos de la memoria subjetiva que introduje al principio como Bachelard o Michel de Certeau, analizaré los versos y los fragmentos en prosa del autor en los que va construyendo la ciudad. Fragmentos que nos hablan a su vez de una memoria colectiva, de un legado que queda en la impronta de la página, y que a cada nueva lectura posibilita la resignificación de la ciudad.

3.1 La construcción del espacio y la memoria en la obra de Vicente Quirarte

El universo íntimo y artístico del escritor mexicano Vicente Quirarte es un territorio que se erige y se modifica a partir de su relación con el espacio que habita. Mientras que la memoria interpela de manera directa en su obra como el eje por donde es posible descubrir temas en torno al Centro de la ciudad de México desde distintos tiempos, por ejemplo, ha sido el lugar en donde vivió su infancia y adolescencia y, a su vez, es el lugar en donde el autor ha concentrado gran parte de su labor artística e intelectual hasta la actualidad.

Por lo que la obra del autor es también un plano en donde se pueden vislumbrar la experiencia urbana del autor, pero al mismo tiempo se configura por las memorias subjetivas de otras capas de tiempo. Asimismo, desde la relación de la memoria y el espacio urbano, es posible reconocer hitos históricos y culturales que han sido referencias para identificar los hechos que han marcado a la Ciudad de México: como su Fundación en 1520, la matanza de estudiantes en el año 1968 en Tlatelolco o el sismo de 1985, por mencionar diferentes tiempos y espacios que sirven como referencias espacio temporales que han marcado la memoria de lectores, usuarios y habitantes de la Ciudad de México.

En el caso del artista Vicente Quirate el hecho histórico es fundamental para la construcción del espacio en sus obras, es decir que a partir del recurso histórico el autor escribe sus propias impresiones, reflexiones y sensaciones acerca de la ciudad en la que vive o como él mismo propone “Vivir primero, observar después, traducir posteriormente las piedras, la gente, los colores y olores de mi ciudad han sido obsesiones recurrentes” (Quirarte, 2014, p.9) son los recursos que el autor

utiliza para elaborar su obra. Su importancia radica en el estilo con el que elabora a partir del hecho histórico y de las experiencias personales que se alojan en su memoria, una nueva ciudad, una en la que trae al presente lo pasado y deja, a su vez, el presente como una posibilidad abierta a la resignificación.

Asimismo, el concepto de historia como disciplina científica se trasciende por el autor hacía lo público y colectivo ya que, el espacio urbano dentro de su obra está configurado por los habitantes, mientras que lugares de la memoria son hitos que simbólicamente han guardado la historia del país, como los monumentos, sin embargo, también la calle o el domicilio pueden representar el lugar cotidiano en donde se aviva la memoria en torno a la experiencia de cada usuario.

Quirarte, escribe la historia de la ciudad a partir de los lugares que han marcado su propia experiencia urbana: el Centro de la Ciudad de México, sus lugares y sus múltiples derivas, que a su vez se retroalimentan de otras ciudades contadas por otros autores en diferentes tiempos como la ciudad del siglo XIX relatada por el ya mencionado cronista Francisco Zarco, o la ciudad del siglo XX relatadas por el poeta Ramón López Velarde o Manuel Acuña, para construir una ciudad presente.

La dimensión espacial en Vicente Quirarte se constituye entonces, como una urdimbre en donde la memoria y el hecho histórico casi se confunden en una sucesión de historias y recuerdos en donde es fácil trazar conexiones, ubicar lugares de la memoria. El autor marca el mapa de su propia vida en relación con el territorio al que se finca.

Y aunque es preciso definir que memoria e historia no parten del mismo registro como conceptos, sí se fundamentan en la misma posibilidad de trascender

lo que Marc Bloch ya había criticado al respecto de la “memoria individual” para trasladarlo a lo que no se sabe de la memoria colectiva, su trasmisión del pasado y sus consecuencias, políticas, sociales, culturales, emocionales y prácticas en la experiencia de los *otros* (Bloch, 1952, p.98).

Para acercarse a los conceptos de memoria e historia, Pierre Nora en su ensayo *Los lugares de la memoria* (2008) hace el señalamiento al respecto de que la memoria funciona al margen de la historia, aunque este reclame de ella los lugares para su edificación, ya que para el historiador francés la memoria es vida encarnada en grupos, pendular entre el recuerdo y la amnesia, cambiante, mágica por su afectividad, desatenta de las manipulaciones y siempre aprovechable, sagrada. Por su parte define a la historia como una representación, reconstrucción, desencantamiento de la memoria, destrucción del pasado tal cual es vivido y rememorado, traza consciente entre el hoy y el ayer (Nora, 2008, pág. 9).

Se puede decir, entonces, que desde esta acertada perspectiva la función de la memoria es, como ya lo había señalado Michel de Certeau, una impronta que deja huella en el espacio urbano, mientras que la Historia (con inicial en mayúscula que significa la disciplina, la cerrada y la academicista) funge es un relato construido desde la subjetividad que puede estar atravesado por múltiples factores como el poder político o el lugar social de quien la escribe.

Vicente Quirarte en su obra narra desde la subjetividad que supone la literatura, pero también desde su inserción como sujeto histórico[14]. Por una parte,

[14] Me refiero al concepto de sujeto histórico como un acto de estar situado histórica y políticamente en un espacio y tiempo definido.

su trabajo como historiador e investigador le permiten brindar a sus lectores a través de materiales historiográficos muy selectos el panorama más vasto y rico de las transformaciones de la ciudad. Mientras que, desde el lugar de su experiencia en la urbe, el autor construye un relato íntimo del espacio en el que vive y en donde se ha fijado la impronta del recuerdo y de sus experiencias en la Ciudad de México, marcada por ciertas calles, plazas públicas, o lecturas sobre la ciudad que lo han llevado a generar sus propios lugares de la memoria.

Para el autor, la memoria es lo que configura la conciencia de una identidad y en ese sentido, el trabajo de recordación sobre los espacios donde se ha dejado alguna experiencia ofrece la posibilidad de un futuro (Zavala, 2017, p. 7). La identidad es lo que hace que cada ciudad sea diferente y, a su vez, es lo que la relaciona con la *comunidad,* con sus experiencias pasadas y presentes.

Así pues, la obra de Quirarte adquiere una dimensión cívica en donde, como sugiere Eugenio Trías en su ensayo, *Ciudad sobre ciudad: arte, religión y ética en el cambio de milenio* (2001) es posible trascender- desde el lenguaje y la escritura- lo individual para mostrar la *realidad* que esta visión de conjunto otorga para continuar con el complejo lógico urbanístico.

La experiencia urbana y la aprehensión del espacio en su dimensión sensorial, simbólica y política es lo que epistémicamente produce conocimiento, lo que crea identidad. Y es, a su vez, el privilegio del hombre moderno como lo dedujo Gadamer, eso que Nora también reflexiona acerca del hombre contemporáneo, y que refirió como la posibilidad de hacerse más consciente de la relatividad del pasado y prudente ante los hechos que acontecen del provenir (Nora, 2008, p.16).

Con esa conciencia el espacio del autor se constituye desde dentro hacía fuera y viceversa, de lo individual a lo colectivo y también de lo colectivo a lo individual, en tanto como sujeto histórico se reconoce también como productor del espacio que le acontece y, en ese sentido, ese reconocimiento es la posibilidad de tomar acción ante situaciones de inconformidad respecto de las circunstancias que ocurren, por ejemplo, en las ciudades actuales (Zemelman, 2011, p. 34).

Asimismo, Quirarte configura mediante sus recuerdos un elogio a la memoria y con ella honra el pasado trayéndolo al presente a partir de las voces que incluso ha olvidado la Historia de los grandes libros, esas que escribieron sobre su ciudad porque la vivieron, esos que apuntalaron en su vida y su corazón, y esos otros, cuya voz ha sido silenciada; se encuentran presentes en sus poesía y narrativa como un eco en donde la nostalgia por la famosa frase del poeta español Jorge Manrique: "cualquier tiempo pasado/ fue mejor", se difumina para acercarse por medio de las palabras y con el arma de su pluma al espacio que desea transmitir: uno en donde el tedio por la ciudad y sus caóticos sucesos no sean la potencia que configuré espacios de odio y letargo, sino, por el contrario, sus reflexiones apuestan – de manera rebelde- por la construcción de una ciudad desde el amor, la conciencia y el uso cívico.

3.2 Sobre los elementos urbanos en la obra literaria

La obra literaria de Vicente Quirarte es muy extensa, sus textos que van de la poesía, pasando por el ensayo e incluso la dramaturgia, hablan de un artista prolífico que en sus posibilidades creativas no tiene límites. Sin embargo, sólo los libros que tienen como personaje principal a la Ciudad de México, serán analizados en esta

tesis como herramientas que han aportado conocimiento sobre la evolución de una urbe que se transforma constantemente.

A partir de la lectura minuciosa de su obra, seleccioné 5 libros en los que la Ciudad de México es protagonista de historias, poemas, ensayos históricos y crónicas, ya que brindan los elementos suficientes para analizar cómo el autor va tomando elementos materiales (edificios, calles, monumentos, etc) que configuran el espacio y los dota de una dimensión sensible y simbólica que va más allá de su funcionamiento, para convertirlos en elementos que alojan la memoria social de la ciudad, al reunir lo necesario para que un espacio se arraigue a la memoria común de sus habitantes.

Las obras que he seleccionado son:

Título	Fecha de publicación	Género	Argumento general
Razones del Samurái (1978-1999)	2000	Poesía	Reunión de sus poemas y ensayos. De los cuales se escogieron los siguientes: Calle Nuestra (…), El peatón es asunto de la lluvia (1999) y los ensayos que tienen que ver con la Ciudad de México.
Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México 1850-1992	2001	Ensayo	Mapa histórico y cultural de la Ciudad de México y sus personajes literarios más representativos.
Amor de ciudad grande	2011	Ensayo	Mapa histórico y cultural de la Ciudad de México y sus personajes literarios más representativos.
Enseres para sobrevivir en la ciudad	2012	Ensayo	Objetos necesarios para vivir en una ciudad
México. Ciudad que es un país	2018	Ensayo	Crónica y análisis histórico de la Ciudad de México hasta el siglo XXI.

Amor de ciudad grande, como *Elogio de la calle* y *México Ciudad que es un País,* brindan un análisis amplio sobre la Ciudad de México a partir de fuentes históricas, lo que permite concebir la evolución de la urbe a partir de personajes emblemáticos, de escritores y de artistas que concibieron a la ciudad como un elemento fundamental de sus propias obras artísticas. Legado que hoy en día, configura la identidad cultural de la Ciudad de México.

Mientras que *Enseres para sobrevivir a la ciudad* y *Razones del Samurái* contienen un aliento más poético y personal, que nos deja reconocer a la ciudad desde su dimensión simbólica permitiéndonos entrever la forma en la que la ciudad es metáfora del propio escritor y viceversa.

Asimismo, en estas 5 obras seleccionadas, el espacio se configura por elementos urbanos que son recurrentes y significativos para el autor, y que al analizarlos fungen como topos de la disciplina urbanística como de la literaria. A continuación, se desglosan los topos que Vicente Quirarte de la obras y que a la vez son elementos que constituyen la estructura urbana de la ciudad:

a) La casa, como “origen” y no sólo como elemento constructivo de la urbe, es para Quirarte el primer lugar de la rememoración. Por ello, la ciudad representa para Quirarte, una “gran casa” en donde es posible habitar.
b) La calle, como estructuradora de la urbe, va más allá en la obra de Quirarte, concibiendo a la calle como el lugar en donde las historias surgen.
c) El Centro, se analiza aquí como un referente espacio de la vida y la obra del autor, no como concepto totalizador.
d) Los ciudadanos en la obra de Quirarte son personajes ilustres de la cultura de nuestro país, referentes históricos con los que se vale para transmitir sus

ciudades, sin embargo, los ciudadanos en la obra del autor son aquellos que, en su cotidianidad, enfrentan y caminan con la ciudad. Haciéndola valer en su justo valor.

e) El paisaje se configura en la obra de Quirarte como esencia de un panorama que es posible leer y comparar con la actualidad.

Dichos elementos se encuentran presentes en la obra de Vicente Quirarte como estructuradores de su propia obra. Con ellos finca y erige su propia ciudad, trasponiendo capas de tiempo y espacio que, a su vez, hablan de una memoria social que se ha construido colectivamente en el espacio, dotándolo de forma y significado. Sobre cada página en blanco el autor construye una nueva Ciudad de México.

Finalmente, en este capítulo se busca asentar los conceptos de espacio, memoria y literatura desde una lectura urbanística en la que se trata de extraer el valor simbólico de ciertos lugares que conforman una ciudad y que el autor trata en su obra. Visualizando los textos y poemas de Vicente Quirarte como el lugar que nos permite un “habitar poético”; la posibilidad resignificar la manera en que se lee la ciudad otorgándole una dimensión sensible que va más allá de las estrategias tecnocráticas y mercantilistas con las que se ha construido el espacio.

3.2.1 La casa

Como vimos en la biografía del autor, el domicilio y la zona de la ciudad en la que Vicente Quirarte nació, marcaron de manera preponderante su obra puesto que el propio barrio de La Lagunilla se volvió su casa a lo largo de toda su infancia adolescencia y a su vez, su domicilió se configura como el lugar en donde su

experiencia vital, familiar y de conocimiento se cimentaron hasta dejar una huella en su obra.

En el ensayo titulado *La casa y la ciudad, realidades inseparables* (1995), el arquitecto Carlos Martí explica cómo la modernidad concibe el tema de la vivienda como inherente del desarrollo urbano. Y explica:

> La casa y la ciudad son vistas por los maestros modernos, como dos realidades inseparables que establecen entre sí vínculos de necesidad y complementariedad. De ahí el enorme potencial transformador de esas propuestas: pensar en la casa comporta pensar en la ciudad y atacar el problema del habitar humano equivale a sentar las bases de una refundación de la estructura urbana (Martí,1995, p. 1).

A diferencia de la vivienda individual y de carácter privado, la casa constituye en su función esencial, la capacidad de ofrecer resguardo a todos quienes la habitan. Como reflexiona Vicente Quirarte en su ensayo “Ese barrio rebelde de la casa”, la ciudad se asemeja a una casa porque cuenta con sus “áreas preferibles de tránsito y sus rincones intransferibles”. Y como explica:

> La ciudad nace como una estructura armónica, orgánicamente calculada para crecer en armonía con sus usuarios. Tarde o temprano hacen su aparición los *guettos*, espacios determinados por la disidencia de costumbres, razas o reglas vitales. Tras la caída

> de Tenochtitlán, los españoles se apresuraron a marcar los límites de la ciudad destinada a los vencedores. Lo que estaba más allá de la terraza lo dejaron a los barrios ricos donde los vencidos se hacinaban (Quirarte, 2012, pp. 218-219).

El fragmento se encuentra en su libro titulado *Enseres para sobrevivir a la ciudad*, publicado en 2012 por la editorial Luna Libros, en el que recopila varios ensayos relacionados a la urbe. El fragmento brinda una metáfora de la ciudad como casa, puesto que lo relaciona con todos sus elementos, pero al mismo tiempo, brinda una breve historia de cómo hay "lugares" dentro de la casa que no son bienvenidos en toda su armonía: el mueble viejo en el rincón, el sillón corroído en la basura, que siguiendo la metáfora del autor son los barrios feos, los barrios indeseables de la ciudad.

Esta idea permea en la compasión de la ciudad, puesto que también el autor explica mediante la metáfora lo mismo pasa con los barrios que albergaron durante el siglo XIX las primeras vecindades, territorios que fueron excluidos pero que forman parte de la gran casa llamada Ciudad de México, espacios que "son olvidados, los parias de la casa" (p.220)

hhhj, pero que también representan la realidad mexicana se vive en varias colonias del centro de la ciudad. Sin embargo, como el autor argumenta: "Una

ciudad sin barrios y zonas marginales sería inhabitable. Del mismo modo una casa sin zonas indomables nos destinaría al reino *high tech* que impide todo desorden barroco" (222).

Para Quirarte, la metáfora de ciudad como gran casa, representa no sólo espacio arquitectónico en donde cada elemento tiene orden y significado, sino que es el lugar en donde los ciudadanos articulan la memoria colectiva, otorgándole una dimensión simbólica que traspasa el espacio, puesto que, dentro de la casa es en donde se expresa el modo de ser de las personas y de las cosas (Cassigoli, 2010, p. 25).

Como explica Cassigoli la casa representa la familia, el microcosmos donde se expresa el patrimonio, la herencia y la edificación (24) mientras que el domicilio es "aquel lugar desde el cual podemos trazar una biografía cotidiana y expandir nuestra sociabilidad y civilidad" (25). El domicilio es más que un espacio cerrado en donde el individuo se guarece, es también un "estado del alma" un contorno inmediato y familiar que se construye a partir de la reflexión (Giannini, 2004, p. 33).

Así mismo, la casa lleva consigo una significación orgánica, mental, emotiva y poética que impide toda síntesis totalizadora (Cassigoli, 2010, 25). En la significación poética del espacio, Bachelard considera que la casa también es una categoría para analizar el alma humana y la memoria, ya que como el autor sugiere: "No sólo nuestros recuerdos sino también nuestros olvidos están "alojados". Nuestro inconsciente está "alojado". Nuestra alma es una morada" (Bachelard, 2000, p. 28).

Para Quirarte, la casa representa la extensión de uno mismo, su función no es sólo la de dar refugio, sino la de resguardar la memoria. Por ello, la relación que tiene en torno a su domicilio es la del recuerdo ligado a la ciudad en donde nació.

Espacio íntimo que le permitió conocer su entorno. El autor escribe: “Se trata de la calle de Allende, 48, esquina con Perú, en el corazón del barrio la Lagunilla donde transcurrió mi infancia y primera adolescencia” (Quirarte, 2018, p. 11).

Aquel domicilio en donde vivió Quirarte fue demolido el 21 de junio del año 2015, y para el autor representó lo siguiente:

> La sensación inmediata fue que el enemigo daba un paso adelante: la memoria — y no el peso del pasado — era amenazada, del mismo modo en que somos despojados de otros valores en el México cada vez más violento e inhumano (11).

La demolición del primer domicilio del autor, representa los cambios que la ciudad ha sufrido en torno a la vivienda y otros espacios de la memoria, como edificios o incluso antiguos barrios, que debido al acelerado crecimiento de la ciudad, a la obsolescencia por daños estructurales, a la demanda de vivienda y, sobre todo, a la falta de cumplimiento de políticas públicas que resguarden el patrimonio arquitectónico y urbano de la ciudad, ha hecho que muchos inmuebles del Centro Histórico sean demolidos y/o sustituidos por el mercado inmobiliario que elige centros comerciales y edificios sobre el legado cultural e histórico de la ciudad.

Las autoridades que regulan dichos permisos y modificaciones son el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), así como la Autoridad del Centro Histórico (ACH), quienes en su deber promueven el resguardo de la memoria histórica y patrimonial de la gran casa llamada Ciudad de México. Así, en el catálogo de inmuebles del INAH y en compañía de la cronista Ángeles González Gamio, el

autor daría cuenta de lo siguiente: “Se hace notar que mi casa tiene fragmentos de los siglos XVII y XVIII y que fue parte del vecino convento de San Lorenzo” (Quirarte, 2018, p. 13).

La importancia que tiene el domicilio del autor con relación a ciudad es que ambas forman parte de su universo íntimo y a la vez colectivo de la historia urbana y patrimonial de la Ciudad de México. En su domicilio el autor llevó a cabo las prácticas ordinarias del ser doméstico y domiciliario a las que se entrega un ser humano en su vida cotidiana, mientras que su posterior demolición significa la lucha de la memoria por su preservación que sólo puede ser en la actualidad configurada mediante la lectura y la conciencia del pasado sobre el espacio.

Como afirma Cassigoli: “Hablar, circular, cocinar, arreglar la casa, leer, relatar, caminar o arar el campo, son actividades que firman la persistencia en las formas y la permanencia de una memoria <<sin lenguaje, desde el fondo de los océanos hasta las calles de la metrópoli (Cassigoli, 2010, p. 26-27).

Según el arquitecto Pallasma en su libro *Habitar* (2016) explica por qué el acto de habitar supone una interrelación inherente entre el espacio y el habitante, ya que como el autor reflexiona: “es fundamentalmente un intercambio y una extensión; por un lado, el habitante se sitúa en el espacio y el espacio se sitúa en la conciencia del habitante, y, por el otro, ese lugar se convierte en una exteriorización y una extensión de su ser, tanto desde un punto de vista material como físico (Pallasma, 2016, pp. 7-8)

Con *la hipermodernización* y el mercado inmobiliario voraz ha provocado que la imagen poética y simbólica a la que se refiere Bachelard quede como una extensión del cuerpo y de la memoria urbana fragmentada o demolida por el tiempo.

Sin embargo, la ciudad como casa y sus miles de domicilios en todas sus formas, colores, dimensiones y ubicaciones espaciales conservan en su esencia el refugio íntimo y espiritual para el cual están diseñadas. Para Bachelard la importancia del tiempo y la ensoñación de la casa radica en que:

> El pasado, el presente y el porvenir dan a la casa dinamismo diferente, dinamismos que interfieren con frecuencia, a veces oponiéndose, a veces excitándose mutuamente. La casa en la vida del hombre suplanta contingencias, multiplica sus consejos de continuidad. Sin ella el hombre sería un ser disperso (30).

La casa como elemento articulador del cual parte la sociedad que las habitan y la infraestructura que las ordena es a la vez metáfora de uno mismo. Un verso de nuestro autor dice: “Envejecen las cosas de mi casa. / Se desyuntan sus mástiles; el agua/ entra cuando no debe;/ falta cuando la sed llama” (Quirarte, 2000, p.24). Y hace entender mediante la lectura, el simbolismo de la ciudad como gran casa, en donde todo envejece y en donde también el agua falta.

Ilustración 6. Casa de Vicente Quirarte 2019

3.2.2 La calle

La calle es un elemento que Vicente Quirarte representa en su literatura, no sólo como trazo arquitectónico o como propone Ramos Rapport "Vía de una población que generalmente queda limitada a ambos lados por bloques o filas de edificios". Si no, como espacio y personaje fundamental de la historia urbana y literaria de la Ciudad de México.

Por ejemplo, Vicente Quirarte cuenta en *Amor de ciudad grande* que el emperador Maximiliano hace su entrada a la ciudad en junio de 1864, por la calle

Plateros[15], sin embargo, en su ensayo titulado *Literatura, ciudad y paisaje* (2017), el autor explica que Maximiliano: “hace su entrada no por la calle de Plateros, vía tradicional de los triunfadores, sino por la calle de Tacuba, la antigua calzada de Tlacopan” (Quirarte,2017, p. 19).

Tlacopan resulta la primera vía construida por los aztecas en el siglo XIV, fungía como vía comercial entre Tenochtitlán, Texcoco, Tlatelolco y Tacuba. Su traza que atraviesa desde el centro hasta el norte de la ciudad delimitó gran parte de la estructura urbana que actualmente tiene la Ciudad de México. A lo largo del tiempo ha sido testigo de hechos históricos relevantes, como la muerte en 1520 del emperador Moctezuma o los recorridos que múltiples escritores han hecho en los cafés de esta vía en donde predominan los servicios y el comercio informal.

Para Quirarte, la ciudad se convierte no sólo en el lugar del trayecto físico del cuerpo, sino en reflejo del trayecto espiritual del personaje (Quirarte, 2001, p.95). Adquiriendo una dimensión simbólica que actúa como un mapa en donde los habitantes trazan sus propios trayectos a partir de sus hábitos, creando historias y haciendo de los hitos que en la calle se erigen, espacios de la memoria.

De hecho, el origen embrionario de tener un sendero siempre ha sido importante para el caminante, ya que es el lugar en donde los encuentros y desencuentros de los habitantes ocurren. En la calle, se manifiestan todas las formas y los signos de la realidad. Para Humberto Giannini, la calle es el medio de comunicación cotidiana, el uróboros por donde es posible regresar al mismo punto

[15] La observación se hace comparando la lectura de ambos textos y cotejando con el dato histórico para esclarecer la diferencia dentro del texto.

y, también, dice el filósofo chileno: «La calle cumple el oficio cotidiano de comunicar sus extremos: el lugar del ser para sí (el domicilio) con el lugar del ser para todos (trabajo). Propiamente hablando, es el medio primario, elemental de la comunicación ciudadana» (Giannini, 1987, pág, 37).

Así pues, la calle en su función física y simbólica es el elemento articulador de la trama urbana. Es el espacio público por excelencia, en donde significado y significante se integran para construir el espacio en donde el acontecer cotidiano se manifiesta. Por ello Quirarte se identifica con la definición que hace el arquitecto Louis I Kahn (1901-1974) del cual recupera la siguiente frase: “La calle es el primer estar en la ciudad, ofrenda de los vecinos cuyas fachadas son su rostro y que tiene por techo el cielo” (Quirarte, 2001).

Como el importante escritor, cronista e historiador mexicano Luis González Obregón (1865-1938) narra en su vasto estudio sobre las calles de la Ciudad de México titulado *Las calles de México,* desde la fundación de la urbe y sus primeras acequias, las vías de traslado y de comunicación ya eran parte medular tanto del territorio como de quienes circulaban por ellas. Explica, además, cómo la construcción de dichas vías siempre ha estado ligada a la historia de la ciudad y a sus ideales, por ello, sus nombres nominales corresponden en la mayoría de las ocasiones al nombre de su fundador o a la historia que allí sucedió y le dio nombre (González,2006, p.35).

Así mismo, Quirarte explica en *Elogio a la calle,* que la vía de asfalto toma su verdadera importancia a medida que la ciudad evoluciona y se transforma. Es en el siglo XIX, entre 1850 y 1860, cuando el autor explica cómo la ciudad se convierte en personaje. La llegada de modernidad, la construcción de nuevas vías que

agilizarán el intercambio comercial y los tiempos de traslados de un punto a otro de la ciudad en nuevos transportes mecánicos, provocaron que la calle se convirtiera en el espacio moderador de los habitantes en la Ciudad de México.

Por lo que muchos escritores y cronistas de la urbe, encontraron en la calle la verdadera esencia de la vida urbana, al entender la relación inherente entre el espacio urbano y quien la camina. Ante ello surgió un habitante moderno, que hacía del concepto *flâneur,* un arte. Como explica Quirarte fue el historiador y cronista mexicano Francisco Zarco, quien en el siglo XIX dio sentido al acto de caminar sin rumbo fijo como una actividad espiritual y filosófica (Quirarte, 2001, p. 107), que sin embargo, se veía afectada por la infraestructura de la calle: “Imaginemos el caos provocado por la multitud de carruajes de las más diversas tracciones, las implacables lluvias que convertían las calles en lodazal, los canillistas que pululaban en pos de la cartera ajena (Quirarte, 2001, p. 113).

Al ser producto de la topografía del territorio y de que las calles sólo estaban trazadas y no contaban con la infraestructura necesaria para ser caminadas de forma segura y eficiente. Las banquetas no tenían losa y las múltiples sinuosidades provocaron que la traza de damero fuera en primera instancia transitable, pero no siempre efectiva para la función completa del usuario sobre una calle.

Sin embargo, además de las imágenes que el cronista proporciona sobre la infraestructura urbana de la época, Quirarte ve en Zarco una especie de flâneur latinoamericano que apenas salido de la adolescencia explora en sus escritos la relación del individuo con la masa, la soledad individual en medio de la multitud (Quirarte, 2001, p. 106) que la modernidad representa.

Con la instauración del gobierno porfirista y su ambicioso programa de obras públicas, las calles de la Ciudad de México se transformaron completamente. La infraestructura dotó a las calles de asfalto, de alumbrado público, así como de arbolado y monumentos para embellecer el paisaje. Sin embargo, el acelerado crecimiento demográfico había traído consigo modificaciones profundas a la traza urbana antigua de la ciudad.

Con ello, la experiencia del caminante sobre la calle irremediablemente se transformaría a una experiencia más caótica y transitada, que dejaba ver nuevas formas de vivir el espacio, de caminar y por tanto de relacionarse con él. Quienes mejor describieron las calles de la nueva centuria sin duda serían los escritores contemporáneos, que se dedicaron a recorrer y vivir las calles del centro de la ciudad en todo su esplendor. Quirarte explica: “las calles entran con sus nombres a formar parte de la mitología poética, como da cuenta Efraín Huerta con su << Declaración de odio>> (1944), hasta los armisticios fruto de las caminatas meditativas en el Circuito interior (1971) (Quirarte, 2001, pp. 526-527).

Para los escritores, lo que acontece en la calle es lo realmente relevante y es mediante el ejercicio de la observación y el recorrido, que es posible descifrar el funcionamiento de la calle en diferentes contextos. Para Quirarte, la calle es el objeto principal de su propia escritura. Las calles que han quedado representadas en sus poemas son los lugares de la memoria por los que él ha transitado y en donde muestra tanto su experiencia personal sobre el espacio, tanto como la función de cohesión de la calle y su potencial colectivo.

La calle es el lugar en donde todos los encuentros y desencuentros convergen, en donde la infraestructura y monumentos son parte del paisaje y de la experiencia

misma. En su poema titulado “Pasaje Zócalo- Pino Suárez” el autor escribe: “En Pino Suárez y San Salvador llega la lluvia. / Las dos torres de catedral naufragan, de pronto. / Ni bajo la lluvia somos todos iguales: cámara en mano, los turistas corren/ al aire acondicionado de ese autobús/ del largo de la cuadra (Quirarte, 2000, p. 71).

Con el tiempo las calles de la Ciudad de México han sufrido múltiples transformaciones, tanto en su estructura como en su nombre nominal, así como en las experiencias que proveía en el presente, ya que con el hipercrecimiento urbano el paisaje y la estructura de las calles que antiguamente delimitaban la ciudad ya no son las mismas,

Otrora, el Pasaje Zócalo-Pino Suárez era llamada la calle de Los Flamencos, vía comercial y estructura que alberga palacios institucionales, como la Suprema Corte de Justicia y que años después fuera ensanchada adquiriendo una mayor dimensión arquitectónica. En el siglo XXI, el Pasaje Zócalo- Pino Suárez es una de las vías con una atracción de población extranjera más transitadas, debido a su ubicación y a su oferta de servicios. En donde como menciona el autor, los turistas acuden para tomar fotografías y fusionarse con el paisaje que la calle provee.

“Las calles, como las mujeres, se vuelven parte de nuestra existencia y aunque dejemos de mirarlas, de transitar por ellas, siempre quedarán sus perfumes secretos, sus lugares secretos” (Quirarte, 2001, p. 610) comienza diciendo Quirarte en un pasaje de *Biografía de la calle*. Lo que se puede relacionar con el impacto que la acción de caminar o “transitar” puede tener en la memoria de un usuario, cuando además una calle se compara con la esencia del ser amado.

En otro ejemplo, la subjetividad parte en el siguiente “Andar querrán mis pasos la dorada/ calle que me miró nacer un día” (Quirarte, 2000, p. 69), para objetivar el deseo por el tiempo pasado que ya solo puede ser traído al presente por la rememoración. Para otros escritores como Juan Tablada o José Emilio Pacheco, la calle también se encuentra como una constante en sus textos. Por ejemplo, Tablada despreciaba a la calle San Juan de Letrán por haber sido modificada por “arquitecturas mestizas y miserables” asemejando una ciudad yanqui (Quirarte, 2001, p. 611).

Mientras que José Emilio Pacheco percibía a San Juan de Letrán como la pura representación de la excentricidad y tradición mexicana: “huele a tacos de canasta y de carnitas, a tortas compuestas, tepache, jugo de caña…” (612).

La permanente transformación que sufre la calle y a la vez, su cualidad de mantenerse históricamente dentro de los cambios de la ciudad es lo que hace que sea la estructura más viva del espacio urbano. A su vez, las calles de la Ciudad de México son extensión de sus habitantes ya que se transforman a medida de sus necesidades y de las demandas que día con día la ciudad les exige. Como dice el autor aludiendo al libro de *Poétique de la Ville* de Pierre Sansot “Una misma calle adquiere otro significado de lectura si es recorrida por un par de enamorados, un desfile militar, el hombre jubilado de los trabajos del mundo o la bicicleta del repartidor de pan” (Quirarte, 2011, p.200).

La ruta, como asegura Giannini, también es significante de rutina, del eterno retorno. A su vez la calle es el lugar del cambio permanente ya que, como escribe Vicente Quirarte en *Elogio de la calle*: “quien sale a la calle vive una aventura,

descifra el mapa de un tesoro, se enfrenta a los horrores del apocalipsis o descubre la indomable fraternidad del prójimo en la cotidiana travesía (Quirarte, 2001, p. 609).

3.2.3 El Centro

El Centro Histórico de la Ciudad de México es el espacio protagónico en las obras de Vicente Quirarte. En *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México 1850-1992* (2001), *Amor de ciudad grande* (2011) y *México ciudad que es un país* (2018), el centro es el espacio en donde la historia de la Ciudad de México empezó a configurar la historia literaria de la Ciudad de México. Para el autor el Centro Histórico de la Ciudad de México es el lugar que contiene la memoria histórica de toda una nación, desde la ciudad azteca que nació sobre un lago hasta la ciudad neoclásica con sus primeras infraestructuras urbanas, como alumbrado público, drenaje y trazado urbano, el centro es el lugar en donde se empezaron a inventar las primeras crónicas, poemas y relatos urbanos.

Poemas como “La ciudad sobre el lago” del poeta Nezahualcóyotl hacían alusión a esa etapa de la urbe en donde reinaba un ambiente sin contaminación, rodeado de un sistema de 5 lagos (Texcoco, Chalco, Xochimilco, Zumpango y Xaltocan), flora y fauna. Ambiente que cambió con la caída de México-Tenochtitlan y en donde, como apunta Vicente Quirarte, ya han pasado alrededor de cinco siglos en los que se “ha deteriorado la armonía entre el hombre y su entorno” (Quirarte, 2018, p. 28), dejando consigo pocos vestigios de lo que se conoce como el viejo casco de la ciudad y que, como apunta el autor, en el poema titulado “El viejo Centro” aun así sigue siendo el lugar “donde engendró la vida” (Quirarte,2000, p.431).

Según Inti Muñoz es en el siglo XIX cuando el centro se convierte en el escenario en el que se comenzó a inventar un país, y desde donde se forjó el concepto de soberanía, de las ideas de libertad e igualdad y de las batallas por el poder en el marco de una contradictoria realidad social (Muñoz,2010,p.1). Donde también surgiría el legado cultural más notable para las artes mexicanas; y en donde miles de habitantes sentarían sus experiencias urbanas en las calles y plazas que iban dando estructura a una ciudad que daba paso.

En el siglo XXI la casi olvidada llamada ciudad de los palacios sería la revelación de una ciudad cosmopolita que trataba de asemejarse en su arquitectura y cultura a las ciudades europeas y cuya plaza mayor serviría como núcleo político y espacio de diversidad cultural para afianzar la identidad mestiza de sus habitantes. Así, los ideales de la época quedarían impregnados en los edificios (palacios, ayuntamiento, catedral) que se distribuían alrededor del zócalo y de sus principales arterias como la calle Moneda o Madero.

Para Vicente Quirarte los hitos como el Palacio de Bellas Artes construido por los arquitectos Adamo Boari y Federico Mariscal Piña, fue más que una simple representación arquitectónica, sino que también fungía como “testigo de múltiples historias ocurridas dentro y fuera de su cuerpo” (Quirarte, 2018, p. 84). Ya que del palacio surgirían las crónicas de Clementina Diaz y de Ovando para narrar “cuando nuestra ciudad comenzaba a poblarse de otras suntuosas construcciones para sostener y dar lustre a la poderosa maquinaria administrativa […] en medio de notables contradicciones y diferencias sociales” (84).

Sin embargo, el Centro de la Ciudad de México, plaza mayor o también llamada plaza real ha sido desde entonces “un inmenso espacio saturado de

historia, de presencias y de símbolos” (Gruzinski, 2004, p. 155) a la que Quirarte dedica el poema titulado “Plaza Mayor” anunciando una ciudad que sólo podría observarse desde las alturas porque “al fondo de la calle nos devuelven imágenes perdidas” (Quirarte, 2001, p.414).

A partir de su acelerada evolución, para el siglo XX el centro configuraba una gran metrópoli desde la cual “también comenzaban a surgir los primeros rasgos del futuro hipercrecimiento de la ciudad y la industrialización fue llevando la actividad económica a la periferia” (Muñoz,2010, pp.1-2). Ya en 1900 la ciudad contaba con apenas 500,000 millones de habitantes que rápidamente se integraban a los ideales modernistas y liberales encabezados por Porfirio Díaz, a una nueva arquitectura que apostaba por el eclecticismo y las obras monumentales, además de una sociedad que llegó a vislumbrar una economía prolífica que se obtenía del comercio internacional.

El inicio de la nueva centuria quedaría plasmado en fotografías que apostaban por una visión mayormente panorámica del espacio, que también se podría visualizar desde la literatura en obras de escritores como Ramón López Velarde, José Juan Tablada o Rafael López, quienes sentaron sus experiencias panorámicas de la ciudad en sus obras. Por ejemplo, Quirarte narra cómo los poetas establecieron una relación dual con la urbe y sus servicios. En donde: “Harán repetidas visitas al Hotel Gillow, en la esquina de las actuales Isabel la Católica y Cinco de Mayo” (Quirarte, 2001, p. 359) para contar las experiencias del artista Juan Ramón Tablada por las calles del centro histórico.

Pues el centro, como espacio dinámico, se convertiría en el espacio vital y transformador de una urbe que poco a poco desvanecía su antecedente rural y

revolucionario para instaurarse en la vanguardia de las artes. La construcción de cines, teatros, servicios de divertimento como cafés, cafés chinos y cantinas, serían los espacios que artistas, fotógrafos y escritores elegirían tanto para escribir, como para vivir la esencia de una urbe que se convertía en un espacio de posibilidades, ya no sólo de día, sino que también era prolífico por las noches. Las calles del centro, como principales ejes de actividad e intercambió serían parte de los cambios que la ciudad experimentaba, llamando a sus habitantes que ofrecieran mayor apego al ideal de modernidad, progreso y vanguardia. Así lo explica Quirarte:

> La avenida Madero, con sus respectivas metamorfosis nominales, era la arteria donde mejor podía tomarse el pulso de la ciudad, el centro de atención de los escritores desde fines de los años treinta se traslada a San Juan de Letrán, la avenida Juárez y Paseo de la Reforma (Quirarte, 2000, p.526).

Que, al aumentar su extensión en 1920, brindaría a sus usuarios una experiencia más afrancesada: llena de árboles, monumentos, esculturas y casonas que complementarán los ideales de sus políticos y la experiencia de quienes al habitarla, serían partícipes también del crecimiento de una musa urbana que ofrecía, ante todo “una ciudad viva, con todos los contrastes, las injusticias y prodigios de la civilización” (p. 526).

Cuna de todos las corrientes culturales, el centro albergó los movimientos más influyentes para la creación artística y literaria. En donde estridentistas y contemporáneos encontraron el eje más humano y a la vez deleznable para la

creación artística. En “El Café de Nadie” ubicado en la colonia Roma, de la Alcaldía Álvaro Obregón, escritores como Arqueles Vela o Manuel Maples Arce, se reunían a compartir noches bohemias.

Ilustración 7. Los estridentistas en el bar de "Nadie"

La segunda mitad del siglo XX fue la época de la nostalgia por una época dorada, que anhelaba una ciudad que sólo era posible anclar en la memoria por el recuerdo de una urbe que, a pesar de mantener su obsesión por la modernidad, aún conservaba la esperanza de una ciudad que ofreciera a todos sus habitantes la calidad de vida anhelada. Sin embargo, como escribe el autor:

> En la ciudad de México, la memoria humana es más engañosa y frágil que en cualquier otro lugar. En ella los puntos de referencia

> surgen y se borran al ritmo acelerado de las generaciones. El decorado urbano es tan móvil que no ofrece más que un mínimo anclaje al recuerdo" (Grusinski, p.15)

Al ser una ciudad que se ha construido aceleradamente, la memoria sobre ciertos espacios y tiempos también cambia velozmente. El espacio se desvanece en el tiempo y lo que históricamente ha quedado como legado para el conocimiento del pasado son las artes, su literatura, la arquitectura y sus vestigios.

Otro de los lugares que Quirarte reconoce como un lugar de la memoria es la Plaza Santo Domingo, la cual fue construida en el siglo XVII por frailes franciscanos y la cual en el siglo XXI es considerada la plaza más importante después de la Plaza de la Constitución. A partir de la arquitectura colonial que integra la plaza y de la experiencia que el espacio le confiere, el autor escribe: "aquellos años vuelven por azares, / como si los relojes, conjurados, / hicieran de esta plaza el Universo" (Quirarte, 2000, p. 78).

La memoria queda como imagen congelada en el poema. Para nuestro autor la "Odisea" que en el siglo XXI vive la Ciudad de México, es el ejemplo de un lugar que a pesar de sus problemas, ha resistido a todos los embates del tiempo. El centro, al ser núcleo y sostén de la historia es a la par de los textos que se escribieron sobre él, un palimpsesto que se reconstruye y se narra siempre diferente. La literatura que de igual forma dio origen a los primeros poemas y póstumas aproximaciones a la ciudad, son el legado de un centro que sólo pervive en la memoria de sus obras. En el recuerdo que, mediante la experiencia vital del

autor, reintegra a su propia escritura para reconstruir cada capa de la ciudad que desde el centro se extendió precipitadamente hacía las periferias.

Actualmente, el centro sigue siendo el mayor polo de actividad política, social, económica y cultural del país, un espacio que ha centralizado y modificado la identidad de quienes la habitan. El centro a la vez es la mayor muestra de realidad social, representación de los cambios físicos y espirituales de la urbe y, sobre todo ejemplo de un espacio en el que Quirarte vislumbra a sus habitantes sus desigualdades y también sus contradictorias esperanzas

3.2.4 Los ciudadanos

La ciudad no puede ser sin sus habitantes. En la obra de Vicente Quirarte, son los personajes que dan vida a la ciudad, en *Elogio a la calle* son principalmente escritores, puesto que lo que el autor busca es recrear un mapa literario de la urbe, en *Amor de ciudad grande* y en *México ciudad que es un país* son referentes históricos de otros tiempos como Maximiliano o Porfirio Díaz. En su obra poética la muchacha del metro, el borracho, el taxista o el barrendero, así como sus seres queridos y él mismo son los personajes que construyen la Ciudad de México y le dan sentido a su obra.

Así mismo Quirarte explica que: “Desde que el ciudadano entra como protagonista en el cuerpo de la Historia, aparecen sucesivos inventarios de sus hábitos y comportamientos particulares” (Quirarte, 2014, p.196). Por lo que, el ciudadano, es la figura que llevaría a cabo la responsabilidad y al mismo tiempo el derecho a vivir en una ciudad.

Jordi Borja en su libro *Ciudadanía y globalización* (2002) en donde define que la ciudadanía se origina en las ciudades, la ciudad es la “civitas”, lugar de civismo en donde “se dan procesos de cohesión social y se perciben los de exclusión, de pautas culturales que regulan relativamente los comportamientos colectivos, de identidad que se expresa material y simbólicamente en el espacio público y en la vida ciudadana” (Borja, 2002, p.7)

En ese sentido las nuevas concepciones de ciudadanía implican problemáticas que tienen que ver con que un ciudadano “no solamente sea receptor de derechos, sino un actor de la vida comunitaria" (Giraldo, 2015, p. 83). Ya que ser ciudadano de un espacio en común, significa tener la posibilidad de ejercer nuestra cualidad social, moral y política sobre el territorio que habitamos, es decir del derecho a la ciudad; pero también significa ser partícipes de la responsabilidad que implica las formas de ejercer dichos derechos sobre el mismo.

La idea de Lefebvre del ciudadano como partícipe y eje nuclear de la vida urbana y de las relaciones sociales que en el espacio público se establecen, se vierten en la literatura de Quirarte como el tópico principal, ya que a partir de ella se desvela la hipótesis de que espacio y habitante se retroalimentan, se transforman y se determinan mutuamente. Al ejercer prácticas cívicas o del habitar sobre sobre el espacio en el que se vive (dictaminados por el estatus, cultura y posición) los ciudadanos son capaces de apropiarse y de transformar el espacio. Por ello que el autor argumenta que: “Leer una ciudad, particularmente aquella en la que nacimos, es un acto de amor y conocimiento” (Quirarte, 2011, pág.15).

La forma en la que los ciudadanos piensan y viven cotidianamente el espacio "al recorrerlo con todo el cuerpo"[16], se refleja en los cambios materiales, sociales y culturales que la ciudad ha sufrido a través del tiempo y, viceversa, los habitantes también son reflejo de la ciudad en la que viven. Por ello, las prácticas del habitar se refieren a cómo hombres y mujeres se relacionan con el espacio en el que viven, vertiendo en él acciones y emociones que transforman continuamente la imagen de la ciudad, así como la forma de construirla, vivirla y percibirla. En palabras de Lefebvre:

> Habitar sería apropiarse del espacio; apropiarse del espacio consistiría en consecuencia en convertir el espacio (vivido) en lugar, adaptarlo, usarlo, transformarlo y verter sobre él la afectividad del usuario, la imaginación habitante; práctica creativa que afirma la ilimitada potencialidad humana al reconocer en la obra creada, otorgando al espacio sus múltiples dimensiones perdidas: lo transfuncional, lo lúdico y lo simbólico. (Lefebvre, 2013, p.45)

A su vez, la visión de vivir la ciudad desde una perspectiva cívica no sólo le atañe a la perspectiva jurídico-política que establece la figura de hombres y mujeres como ciudadanos, sino que, su significado profundo y filosófico atravesó desde el siglo y IV a.n.e y, sobre todo, en el siglo XX, la forma en la que los escritores narran la

[16] Vicente Quirarte argumenta que para habitar y conocer una ciudad es necesario vivirla con todo el cuerpo, es decir, tener contacto con el espacio que la configura, con sus calles al caminar, con sus habitantes al establecer relaciones sociales, al conocerla por medio de sus cantinas, de su arquitectura, de sus plazas; etc.

ciudad. Como ejemplo se encuentran obras de gran importancia, como *La suave patria* (1921) del poeta Ramón López Velarde o los poemas titulados “Declaración de odio” y “Alta traición”, de los escritores Efraín Huerta y José Emilio Pacheco, respectivamente.

Dichos poemas son una oda de amor y desprecio a la ciudad que, como una vorágine inmarcesible, dejaba en los poetas una emoción de amor-odio, digna de ser descrita: “Ciudad negra o colérica o mansa o cruel, / o fastidiosa nada más: sencillamente tibia, / Pero valiente y vigorosa porque en sus calles viven los días rojos y azules/ de cuando el pueblo se organiza en columnas” (Huerta, 1944).

Los versos duales del poeta guanajuatense expresan, precisamente, lo que Ignacio Ballester Pardo explica al respecto de la dimensión cívica que existe en la literatura y que según éste refiere a “la presencia que tiene en el poema el ciudadano como integrante de un espacio urbano y colectivo” (Ballester,2019, p.22). En donde el poeta es capaz de reflejar la realidad a partir de las emociones que el espacio le provee.

Así mismo, como vimos desde la mapología de nuestro autor, sus inclinaciones por una postura cívica o de “conciencia ciudadana”, se ha visto reflejada a lo largo de toda su trayectoria intelectual y de creación literaria. Ballester Pardo prosigue: ¿Por qué hablamos de un poeta cívico? Porque cree en la sociedad. Mantiene la esperanza en la ciudadanía, aún (o precisamente) en épocas de crisis; y defiende la poesía como la forma de expresar y comprender al ser humano que recorre la inabarcable y monstruosa ciudad (Ballester, 2019, p. 102).

Proveniente de la tradición de los poetas modernistas, Vicente Quirarte refleja esta dimensión cívica en su obra, expresando en sus poemas y ensayos la

relación inherente entre espacio y habitantes, así como la dualidad amor-odio que la ciudad provoca “Ahí está la ciudad/ con su coro azul en retirada/ y parvadas que llegan, / niñas a la salida de la escuela, / *para que el árbol cante. /* Y cuando todo es tuyo, / es tiempo de dejarlo, / de llevarse la casa en la maleta/ y partir con la música a otra parte/ Y esto se parece, extrañamente, al amor” (Quirarte, 2000, p. 410).

La lectura poética de la realidad urbana tiene que ver con la propia construcción del espacio y de su carácter cívico (público), al concebir y traducir una lectura del espacio no sólo como topos funcionales, sino como producto y expresión de la sociedad. Al ser los ciudadanos personajes fundamentales del espacio urbano, como lo expresan los mencionados poetas, se puede entender que el espacio cotidiano, específico e histórico proveen a los lugares de forma, función y significados específicos. Ya que siguiendo a Patricia Ramírez Kuri “la trayectoria urbana de distintas ciudades las revela como espacios en movimiento y cambio continuo, donde confluyen procesos, actores y culturas que revelan a la sociedad que los produce” (Ramírez, 2007, p. 98).

Al escribir sobre la Ciudad de México desde una perspectiva citadina y romántica, Vicente Quirarte brinda una percepción como ciudadano del lugar en donde vive, ya que al poetizar o narrar el espacio, el escritor brinda su percepción sobre la realidad que mira o que compara con otras capas del palimpsesto urbano. A su vez, la lectura de esa percepción literaria es capaz de transformar la manera en que también leen la ciudad los otros. Para el autor “amar una ciudad es necesario y fatal. Igualmente odiarla, aunque ambas emociones, al mirarse en un espejo, encuentren semejanzas y diferencias”.

Relacionado a esta concepción cívica el sociólogo Adrián Scribano, dedicado al análisis de las emociones, concibe que las prácticas cívicas son reflejo de la condición social, cultural y económica de cada individuo. Para Scribano el amor cívico es otra de las principales formas de amor (las otras son amor filial y conyugal), una en donde se representa el sentimiento más íntimo que se puede sentir por el lugar en el que se nace, representa el espacio social que solo puede ser amado por la interferencia y el intercambio con los otros.

En Quirarte, el amor en todas sus obras literarias está presente como elemento esencial, como una condición necesaria de creación y a la vez de lectura. El amor es un refugio desde donde se ejercita cotidianamente la esperanza, una posibilidad epistémica que parte de la forma en la que se nombra la ciudad y de reinsertar las emociones primarias que experimenta la sociedad a la complejidad de la realidad colectiva. Para Quirarte la práctica del amor funge como una fuerza catalizadora capaz de generar redes que se sobreponen sobre los poderes dominantes que se ejercen sobre la ciudad.

Al denominarse amor cívico, son los ciudadanos quienes tienen la capacidad de expresarlo en las actividades cotidianas que establecen sobre el lugar en el que viven, como escribe Quirarte: “Leemos la ciudad al caminarla, al descubrir su rostro inédito, al trazar el mapa de nuestro tránsito por ella, una vez que nos concede reincidir en el diario combate: ganar y defender nuestro sitio en su incesante representación” (Quirarte, 2011, p. 15). Así como de reconfigurar su significación y con ello de producir identidad y memoria sobre el espacio en el que habitan.

3.2.5 El paisaje

En *México. Ciudad que es un país,* Vicente Quirarte se pregunta: ¿Qué hemos hecho con la ciudad en estos siglos? (Quirarte, 2018, p. 27). La ciudad sobre el lago, la transparencia del aire como una leyenda, quedan como cuestionamientos que dibujan la degradación del paisaje que otrora quedará marcado en un poema legendario del poeta Nezahualcóyotl "Flores de luz erguidas abren sus corolas/ donde se tiende el musgo acuático aquí en México, plácidamente están ensanchándose/ y en medio de musgo y de los matices/ está tendida la ciudad de Tenochtitán" (p. 28).

En los versos del poeta queda impregnada la visión de una capa de la ciudad que se ha ido degradándose y cambiando a través del tiempo hasta llegar a el punto en el que Vicente Quirarte escribe los siguientes versos: "La navaja o la botella/ el río de vómito que corre tras el puente,/ la blasfemia que flota sin fuerzas en el aire/ (volando con ala pesadas del ángel/ ya desterrado y resignado a su suerte);/ el café con leche saboreado apenas/ ante la perspectiva sucia de la mañana" (Quirarte, 2000,p.76). Versos dedicados a la colonia Guerrero, que bien refleja el paisaje cotidiano de la ciudad actual en la que conceptos como la suciedad, contaminación, marginación o violencia se distienden en un espacio que se sobrepone por sus diferencias a lo que antes era una ciudad sobre un lago, con vegetación y con luz del sol que los antiguos habitantes podían percibir "plácidamente".

La degradación del ambiente, así como la metamorfosis del paisaje ha acelerado en la Ciudad de México. Durante los últimos tres siglos, la relación de los seres humanos con la naturaleza y con el entorno han sido el resultado de un

modelo económico basado en la dominación y en la explotación de los recursos naturales. La secretaria de Medio Ambiente de la Ciudad de México explica que el acelerado crecimiento demográfico y la distribución desequilibrada de la población en el territorio, así como las desigualdades sociales y los medios para explotar los recursos del suelo, han sido los principales factores que impactan en el paisaje de las ciudades contemporáneas. (SEMARNAT,2006).

Para Quirarte, los elementos que conforman el paisaje son “Naturaleza, humanidad y arquitectura son tres elementos que intervienen para integrar lo que denominamos paisaje, aquello que lo vuelve no una entidad fija sino un organismo vivo y en constante transformación” (Quirarte, 2018, p.24). En su texto titulado sintaxis del espacio que se encuentra su libro *México. Ciudad que es un país*, el autor hace un recorrido por la literatura y los autores que han dejado testimonio de los cambios de la ciudad:

> México. Capital que hace uso del nombre del país y devora y centraliza cotidianamente sus recursos y operaciones. De la famosa México el asiento, dice uno de los poemas consagrados a ella, la Grandeza Mexicana donde Bernardo Balbuena cantó en 1604 los esplendores de la capital de la entonces llamada Nueva España. Ciudad de los batracios, la rebautizó José Emilio Pacheco cuando la urbe se convirtió en la más poblada del mundo y dejó atrás la utopía de la Ciudad de los Palacios (Quirarte, 2018, p.24)

El registro del paisaje mexicano que se encuentra dentro de la literatura a lo largo del tiempo también se hace evidente en escritores como Efraín Huerta, Eduardo Lizalde, Jorge Cuesta, Octavio Paz o José Emilio Pacheco, cuyas reflexiones sobre los cambios del paisaje tienen relación con el proceso urbano que ha sufrido la ciudad desde su fundación hasta la actualidad y, a su vez, su lectura demuestra, a través del lenguaje cómo cada uno de ellos también cambia y se transforma a la par del entorno.

Dichos autores permean en la obra de nuestro autor al coincidir en que: “el paisaje no es un estado del alma/ Sino un sistema de coordenadas” (Cuesta,1981, p. 13). En el que factores políticos y naturales influyen en su metamorfosis: “La metamorfosis del paisaje tiene lugar mediante la intervención de la propia naturaleza, en sus fuerzas a veces benéficas, otras desastrosas; por cuestiones políticas, denominadas eufemísticamente “causas de utilidad pública” (Quirarte, 2018, p.25). El paisaje, como el escenario que engloba todos los elementos urbanos (arquitectura, naturaleza y habitantes) tiene un impacto social, cultural, político y simbólico que se arraiga a la memoria de quien lo transforma y lo visualiza.

Imaginar el paisaje a través de las piedras, de los vestigios que la ciudad encierra en diferentes manifestaciones artísticas brinda la posibilidad de generar una imagen urbana y del paisaje en sus distintos tiempos, ya que la historia de la urbe se encuentra en su interior. En *Paisajes urbanos. Imagen y memoria* (2006) el investigador Peter Krieger propone que la memoria del paisaje se puede “leer” a través de sus dimensiones estéticas, de su historiografía, así como desde otras artes y perspectivas.

En Quirarte, el paisaje atraviesa todas las capas de la urbe desde el detalle ínfimo del *grafiti* en la pared al que el dedica el siguiente verso: “Qué absurdo deseo/ estar siempre despierto/ y escribir en un muro solitario/ un TE AMO más grande que ese muro” (Quirarte,2000, p.70), en donde el personaje intrínseco del poema (tal vez un joven grafitero callejero) se apropia del espacio público y por ende del paisaje de una ciudad en donde el arte callejero es reflejo de la cultura de la época actual y en donde el habitante, la arquitectura y la naturaleza se fusionan para hacerse uno mismo.

A partir de la interacción con el espacio, del cuerpo del habitante con la naturaleza y el entorno, es como la imagen se arraiga a la memoria de quien lo vive, transformando el espacio y apropiándose de él. Como explica Cano:

> Relacionar el paisaje con la memoria requiere, por un lado, entender que el paisaje está constituido por el conjunto de interacciones y diálogos con el medio que, dentro de los cambios, dan continuidad y estabilidad a un territorio. Es memoria en la medida en que no se trata de una mera sucesión de hechos, sino de significado construido a lo largo del tiempo por muchas generaciones y que puede ser objeto de interpretación. Esto implica que cada territorio es portador de un universo de significado, el cual puede descomponerse en los hilos conductores o grandes tendencias que han marcado la interacción entre el ser humano y un medio determinado. El paisaje "no es simplemente expresión de un tiempo, sino manifestación de todos los variados tiempos que,

> actuando con el sitio y la materia, definen espacialidades, memorias e identidades". (Cano, 2015).

La búsqueda del orden del espacio, de la vital armonía entre hombre, arquitectura y naturaleza, porque a partir de ese referente arquitectónico, de ese hito espacial, de esa historia que se lee en los libros y crónicas, fotografías y pinturas, es posible hacerse una imagen de la ciudad en otros tiempos.

Al habitar en una ciudad en donde se estima que el 80% de la población que habita en zonas urbanas, las modificaciones del paisaje son constantes puesto que el sistema voraz que contribuye a su metamorfosis no se detiene. Por ello, al aprehender el espacio que se habita “a través de todo el cuerpo”, al leerlo, al pensarlo, al nombrar la ciudad, se contribuye a que el paisaje se convierta en legado del tiempo. Vicente Quirarte escribe:

> En 2025, la Ciudad de México cumplirá siete siglos de su fundación por los primeros habitantes. El paisaje de entonces no es el de ahora. Tenemos, sin embargo, el enorme privilegio de vivir en un gigantesco acumulador de energía, que nos permite viajar en el tiempo y en el espacio (Quirarte, 2018, p. 36).

Por todos los motivos aquí expresados, este pequeño núcleo que ahora tú yo ahora somos, lector, si me has seguido caminando por "la parte más verde y honda de la vieja ciudad, en "esta región en ruina", como Escribió Efraín Huerta, por el solo hecho de nombrar a la Ciudad estás contribuyendo a defenderla.

Vicente Quirarte

Reflexiones finales: La resignificación de la ciudad

Leer una ciudad, particularmente aquella en la que nacimos,

es un acto de amor y conocimiento.

Vicente Quirarte

Desde el inicio del presente trabajo supuso varios retos. El primero fue conocer al autor que yo quería estudiar. Que Vicente Quirarte sea un escritor y académico que hasta la fecha sigue ejerciendo, fue y sigue siendo un privilegio, puesto que desde que leí su *Elogio de la calle. Biografía literaria de la ciudad de México,* intuí que la literatura era un medio por el cual también podía aprender sobre la ciudad en la que vivo. Me interesaba, acaso, llegar al conocimiento de la urbe desde otros medios, aquellos que me dieran la posibilidad de conjugar intereses y disciplinas.

Indagar en las relaciones que existen entre la ciudad, la memoria y la literatura y pensar dichas relaciones como posibilidades abiertas a la interpretación, justo con la finalidad de explorar las tensiones existentes entre el discurso de la disciplina urbana en confrontación con la literaria, para reconocer que ambos diálogos trazan un mapa del habitar la ciudad.

Así mismos, la ciudad como fenómeno complejo requiere que se trate desde aristas que, aunque abstractas, permitan conocerla para llegar sino a su entendimiento, sí a su reflexión constante. La literatura brinda una posibilidad de lectura, en donde la memoria se ve sobrepuesta, interpelando la propia experiencia que, a su vez, es memoria del legado colectivo. La historia de nuestra ciudad no la hubiéramos aprendido sin los libros, sin las metáforas que nos hablan de una ciudad que otrora fue distinta, más limpia, menos poblada, menos extensa, menos olvidada, a lo que hoy en día conocemos y vivimos.

Dicha superposición de tiempos en los mismos espacios, me llevaron a querer saber el impacto que tenía la ciudad en quienes la habitamos, y en este caso, cómo el espacio urbano se construía en la obra del autor que quería estudiar. Esto

lo hice a partir de un mapa en donde fui ubicando los hitos en la vida del escritor Vicente Quirarte, desde su nacimiento en el Centro de la Ciudad de México hasta su asentamiento actual en el barrio de San Ángel — hoy ya citado por muchos escritores y reconocido como un lugar engullido por la ciudad— , lo cual supuso hacer un análisis profundo y metodológico de lugares y fechas (tiempo - espacio) importantes en su vida, lo que me dio las pautas necesarias para poder decir que la ciudad es reflejo de nuestros propios cambios. Llegar a esa conclusión no resulta una novedad, pero hacerlo desde el reconocimiento de la vida de un autor cuya parte de su obra trata sobre la ciudad, fue determinante.

Desde lo que llamé el “origen” (véase apartado 2), la vida de nuestro autor estuvo marcada por el impacto que provoca “lo urbano”, especialmente por el Centro Histórico de la Ciudad de México, los hitos que en ese periodo hago mención, como su casa, las primeras calles que lo rodeaban en torno al barrio de La Lagunilla, su vida íntima familiar, el paisaje, las experiencias en donde el espacio público y la calle estuvieron en interacción con el autor y, por supuesto, su propia condición social y cultural, fueron los hechos que se verían años más tarde reflejados en su obra.

La ciudad, se construía y se destruía a medida en que el autor iba creciendo, metáfora una del otro, en donde la memoria del autor seleccionaba aquellos lugares en los que su experiencia vital era marcada por el impacto simbólico y material que la ciudad posee. Así, por ejemplo, la casa del autor ha sido un recuerdo constante, que nos habla de la vida íntima del autor, pero también, a través de sus ensayos en donde la menciona, provee información que al urbanista le funciona para elaborar un contexto que nos habla de las mutaciones que ha sufrido el espacio urbano a

través del tiempo, y que nos pueden ayudar a indagar en temas que nos competen como la normatividad del suelo urbano en áreas centrales, el resguardo de los monumentos históricos o la degradación de las zonas centrales de la Ciudad de México, etc.

La importancia que ejerce el espacio urbano en la vida y obra del autor da cuenta de que la ciudad es un fenómeno que no solamente puede o debe ser leído desde su funcionamiento, sino a partir de entender su dimensión simbólica, material y política. La arquitectura de la Ciudad de México, sus monumentos, la forma de las calles, la traza del mismo territorio define la forma en que el espacio será vivido, y por tanto define la experiencia y la forma en que dicho espacio se asentará en la memoria. Toda una construcción en donde el símbolo y lo material se ponen en juego para que el sujeto urbano se apropié del espacio urbano, forjando identidad.

Así mismo, la importancia del espacio urbano se traslada a la obra literaria, en donde nuestro autor, elige a la Ciudad de México como “el lugar” y sobre todo, como personaje principal de los poemas y escritos en prosa de los libros aquí analizados. La selección de los libros supuso en primera instancia su lectura, por una parte, por placer y por otra, para identificar los libros en donde la ciudad fuera el tema principal. En *Calle Nuestra* o *el Peatón es asunto de la lluvia, t*omos contenidos en *Razones del Samurai,* la ciudad es metáfora y los elementos que la componen son los mismos que construyen el espacio urbano, la calle, el paisaje, la arquitectura, la casa, y el Centro, adquieren una dimensión más allá de su existencia literal, y adquieren la profundidad, la complejidad y el misterio que merecen.

La calle, por ejemplo, en la obra de Quirarte, no sólo funge como vía de asfalto, sino que también supone el camino antropológico del devenir cotidiano, en

donde el caminar significa conocimiento, ya que cada paso está impregnado del legado del pasado, configurando la memoria colectiva de las prácticas cotidianas. Interpretaciones como estas, y conjugando ambos análisis, pude responder al objetivo de la segunda pregunta: ¿Cómo se construye el espacio urbano en la vida y obra de Vicente Quirarte?, ya que los topos que logre identificar en la obra literaria eran reflejo de los topos que constituyen el espacio urbano (la casa, la calle, los ciudadanos, el centro y el paisaje) lo que responde a la propia forma en la que uno y otro se alimentan y transforman mutuamente.

Otro de los retos fue mantener y sostener el análisis urbano sobre el literario, como mencioné en la introducción la obra de Vicente Quirarte se ha analizado generalmente desde el enfoque literario, aunque cierto es, que quienes han puesto su interés en el autor, reconocen espacio urbano como un elemento determinante de su obra, cuyos análisis incluso también sale de la disciplina literaria para virar hacía una perspectiva urbanística, en donde elementos como la arquitectura, el paisaje, y la sociedad son recurrentes en sus análisis.

Sin embargo, hacerlo desde la disciplina urbanística significó transgredir el espacio literario, para llevarlo a un terreno conjunto, en donde ambas disciplinas se vislumbrarán como complementarias la una de la otra, y ayudaran a analizar la vida y la obra del autor desde un enfoque sustentado sí en la historia urbana, pero sin perder la sensibilidad que los textos analizados proveen, puesto que la sensibilidad es también un recurso para el conocimiento.

Con ello, se cumplió la hipótesis de esta investigación, que sugiere que el valor de la ciudad va más allá de su materialidad, y que el valor simbólico con el que cuenta es un factor que ha influido a sus autores y las obras artísticas, dotando al

espacio urbano de nuevas significaciones. Al que leer y aprender sobre nuestra ciudad es una práctica capaz de resignificar la forma en la que planeamos, construimos y experimentamos nuestras ciudades. Así mismo, la obra de Vicente Quirarte proveyó los elementos para dicha respuesta, puesto que a partir de su lectura y análisis se constató que la poesía o la prosa, no son menos valiosos para dicha afirmación, ya que nos dan muestra de la importancia que tiene el espacio para construir la memoria colectiva de nuestra sociedad y con ello la capacidad de catalizar identidad y apropiación del lugar en donde vivimos. La lectura de Vicente Quirarte nos da una lectura amorosa sobre nuestra ciudad, frente a la degradación cotidiana que se ve protagonizada por agentes que sobre ponen el valor material y de consumo de la urbe, sobre sus habitantes.

La lectura amorosa que hace Quirarte no sólo habla de un tópico en sus obras, sino de una posición política tiene la capacidad de resignificar la forma en la que otros lectores leen y habitan la ciudad, cotidianamente.

Finalmente, esta tesis no busca ser una respuesta y sí un ejercicio sustentado, de que la literatura es importante no sólo dentro de los libros, sino fuera de ellos, ya que el autor mismo, es un sujeto histórico, cuya producción de ideas interviene en el imaginario colectivo que tenemos de nuestra urbe. El artista, es así, un reflejo del espacio y el tiempo en el que vivimos, y su obra es una posibilidad para resignificar la lectura que hoy en día concebimos del espacio urbano.

Una ciudad que a través del tiempo ha sido soporte para todas las actividades que en ella se desarrollan, el intercambio de bienes, de poner; así como la forma de sus edificios, los monumentos que la engrandecen; la traza que define su orden y su constitución moral y política, son reflejo de las ideas y de las palabras que como

sujetos urbanos hemos proyectado en ella para construirlas. Las ciudades son imagen y semejanza de los sujetos que la habitan, por ello su lectura y reconocimiento a través de los libros son fundamentales para proyectar lo que queremos que la ciudad refleje. Es por ello, que el amor cívico en esta tesis es mencionado como una emoción capaz de generar conocimiento, de resignificar, el lugar en donde los sujetos urbanos, desarrollan su cotidiano; una emoción capaz de generar identidad y arraigo.

La memoria, como práctica, supone la acción en el presente, la capacidad de recordar el pasado para actuar a través de él. Nuestra ciudad necesita una lectura que la posicione desde el lugar que merece, una que la considere cuerpo y también horizonte, puesto que este trabajo busca releer la ciudad desde una postura poética, en donde la sensibilidad nos muestre que el lugar que habitamos siempre puede sorprendernos, como las historias en los libros.

Bibliografía general

Almandoz, A. (2008). *Ciudad y literatura en la primera industrialización*. Caracas: Fundarte.

Almanza, A. (2012). *La evolución de la Ciudad de México. Factores para el desarrollo social*. (Informe). Consejo de Evaluación del Desarrollo del Distrito Federal. Recuperado de: http://www.sadsma.cdmx.gob.mx:9000/datos/storage/app/media/docpub/otros/evalua_evolucion_cdmx_2012.pdf

Bachelard, G. (2000). La poética del espacio. Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Ballester, I. (2019). *La dimensión cívica en la poesía mexicana desde 1960: herencia, tradición y renovación en la obra de Vicente Quirarte*. Tesis de doctorado. Universidad de Alicante, España.

Barthes, R. (1993). La aventura semiológica (2da edición). España: Paidós Comunicación

Benjamín, W. (2015). *Calle de sentido único.* Madrid, España: AKAL.

Berman, Marshall. (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el aire.* Argentina: Siglo XXI Editores.

Bloch, M. (1952). *Introducción a la Historia*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Borja, J. (2002). *Ciudadanía y Globalización.* Argentina: Secretaria de desarrollo Social.

Borja, J. (2003). *La ciudad conquistada.* Madrid: Alianza.

Cano, N. (2015). Corporalidad y memoria en el paisaje cotidiano. Alteridades, versión on line, 25 (49). Disponible en: https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-70172015000100004

Cansigno, I. (1993). *La voz de la Poesía en México.* México: Universidad Autónoma de Tlaxcala.

Cassigoli, R. (2020). *Morada y memoria. Antropología y poética del habitar humano*. España: Gedisa.

Celorio, G. (1997). *México ciudad de papel*. México: UNAM

Choay, F. (2009). *El reino de lo urbano y la muerte de la ciudad*. Andamios: Revista de Investigación Social, 2 (12), 157-187.

Corral, C. (2014). *La ciudad de Calvino y la Ciudad de moderna*. Revista Hache Arquitectura y Ciudad, No.1, págs. 82-99. Disponible en: https://publicacionescientificas.fadu.uba.ar/index.php/Hache/issue/view/53

Feal, N. (2005). *La ficcionalización del territorio. Bifurcaciones*, (4), 1-6.

Giannini, H. (2014). La “reflexión” cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia. Chile: Editorial Universitaria

Giraldo, M. (2004) *Ciudades escritas: literatura y ciudad en la narrativa colombiana.* Bogotá: Convenio Andrés Bello.

González, L. (2006). Las calles de México. México: Porrúa

Gruzinski, S. (2004). La ciudad de México. Una historia. México: Fondo de Cultura Económica.

Gutiérrez, J. (2009). *Planeación urbana en México: un análisis crítico sobre su proceso de evolución.* Chile: Universidad del Bío Bío: https://www.redalyc.org/pdf/198/19811644008.pdf.

Heidegger, M. (1951). *Construir, habitar, pensar.* FADU. 2013, pp. 1-8. Disponible en: https://www.fadu.edu.uy/estetica-diseno-ii/files/2013/05/Heidegger-Construir-Habitar-Pensar1.pdf

Kahn, G. (2017). *La estética de la calle*. España: A. Machado Libros.

Krieger, P. (2006). *Paisajes urbanos: imagen y memoria.* México: UNAM

Kuri, E. (2017). *La construcción social de la memoria en el espacio: una aproximación sociológica*. Península. Enero- junio 2017, pp.9-30.

Lavabre, Marie. (1998). *Maurice Halbwachs y la sociología de la memoria. Verdad justicia, memoria*

Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. España: Capitán Swing.

Lewis, M. (2018). *La cultura de las ciudades*. España: Pepitas de calabaza.

Locane, J. (2013). *Ciudad y literatura. Apuntes para un modelo de abordaje de las ciudades textuales fundado en la teoría de Henri Lefebvre.* Estudios de teoría literaria: Revista digital, 2(4), 111-124.

Mandoki, K. (1998). *Desarraigo y quiebre de escalas en la Ciudad de México. México:* Universidad Autónoma Metropolitana. Anuario de espacios urbanos.

Martí, C. (1995). *La casa y la ciudad, realidades inseparables.* AV Monografías 56, 8, 1-5.

Muñoz, I. (2010). *El Centro Histórico de México hoy:* México. Fideicomiso Centro Histórico de la Ciudad de México. Disponible en: bhttps://guiadigital.iaph.es/sys/pdf/08-IntiMunoz.pdf

Nora, P. (2008). *Los lugares de la memoria.* Uruguay: Ediciones Trilce.

Pallasmaa,H. (2016). *Habitar.* Barcelona: Gustavo Gili

Paniagua, U. (2016). *Imaginarios urbanos y literarios en la colonia Roma. Memoria e identidad urbana frente al arribo de la posmodernidad*. Tesis de maestría. Instituto Politécnico Nacional.

Paz, O. (1993). *Sor Juana Inés de la Cruz o las Trampas de la fe* (6ta ed.). México: Seix Barral.

Piña, M. (2008). *Trazo urbano en la obra de Vicente Quirarte*. Revista de literatura mexicana contemporánea, 39 (XIV), 23-30.

Quiroz, T. (2011). *La mirada urbana en Mariano Azuela.* Tesis de doctorado. Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco.

Rama, Á. (1994). *Transculturación narrativa en América Latina.* Buenos Aires, Argentina: El andariego.

Rama, Á. (1998). *La ciudad letrada.* Montevideo: Arca.

Ramírez, V. (2007). *Vaso roto: espacio y poesía.* Barcelona: Vaso Roto Arte.

Rovira, J., Navarro, R. (1993). *Literatura y Espacio Urbano.* Alicante, España: CAM. Fundación Cultural.

Scribano, A. (2017). *Amor y acción colectiva: una mirada desde las practicas intersticiales en Argentina.* Aposta: Revista de Ciencias Sociales, (74), 241-280. Disponible en: https://www.redalyc.org/journal/4959/495954961010/html/

Tena, R. (2007). *Ciudad, cultura urbanización sociocultural. Conceptos y métodos de análisis urbano.* México: IPN y Plaza y Valdés, S.A. de C.V.

Tías, E. (2001). *Arte, religión y ética en el cambio del nuevo milenio*. Barcelona: Destino

Trías, E. (1997). *El artista y la ciudad*. Barcelona: Anagrama

Villoro, J. (2014). *El vértigo horizontal. Una ciudad llamada México*. México: Almadia

Zavala, L. (2017). *Ciudad y Memoria.* México: Mc Editores.

Zemelman, H. (2011). *Implicaciones epistémicas del pensar histórico desde la perspectiva del sujeto.* Desacatos, (37), 33-48.

Bibliografía Vicente Quirarte

Quirarte, V. (2001). *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México 1850-1992,* Ciudad de México: Cal y Arena.

Quirarte, V. (2014). *Fundada en el tiempo. Aires de varios instrumentos por la Ciudad de México*. México: UNAM.

Quirarte, V. (2011). *Amor de ciudad grande*. México: Fondo de Cultura Económica.

Quirarte, V. (2012). *La invencible*. México: Joaquín Mortiz.

Quirarte, V. (2012). *Enseres para sobrevivir a la ciudad* (3 ed.). Colombia: Luna Libros.

Quirarte, V. (2000). *Razones del Samurai* (1978- 1999). México: UNAM.

Quirarte, V. (2018*). México. Ciudad que es un país.* México: Pre-Textos.

Bibliografía sobre Vicente Quirarte

Cruz, A. (2019). Una consulta a la bitácora de viajes de Vicente Quirarte. Diario de México. Recuperado de: https://www.diariodemexico.com/escena/una-consulta-la-bitacora-de-viajes-de-vicente-quirarte [última visita de 10 enero, 2022].

Galeana, P., Figueroa,R., Ruvalcaba, E., Iturriaga de la Fuente, J., Martínez, J., Tomero, J., García, El, Quirarte, V. (2014). Homenaje al maestro Martin Quirarte en

su XC Aniversario. Cartas desde el mundo. México: Instituto Nacional de Estudios históricos de las Revoluciones de México.

México Social. (2018). El lenguaje y la poesía/ Invitado: Vicente Quirarte. México Social. La cuestión Social en México. Recuperado de: https://www.mexicosocial.org/el-lenguaje-y-la-poesia-invitado-dr-vicente-quirarte/ [última visita 8 de febrero, 2022].

Montaño, E. (2015). Vicente Quirarte ofrece un testimonio de gratitud y amor por la Ciudad de México. La Jornada. Recuperado de: https://www.jornada.com.mx/2015/02/25/cultura/a06n1cul [última visita 15 de febrero, 2022].

Orestes, Quirarte, Téllez-Pon, Arriaga, Malpica. (Sin fecha de publicación). El custodio del italiano: Guillermo Fernández. Tierra adentro. Recuperado de: https://www.tierraadentro.cultura.gob.mx/el-custodio-del-italiano-guillermo-fernandez/ [última visita 15 de enero, 2022].

Quirarte, V. (2010). El DF que extrañamos: la colonia Roma según Vicente Quirarte. Local. Mx. Recuperado de: https://www.local.mx/ciudad-de-mexico/df-extranamos-la-colonia-roma-segun-vicente-quirarte/ [última visita 10 de enero, 2022].

Sofía, M., Le Gall, E. (2017). “Mientras tengamos la capacidad de articularla en palabras, la ciudad continuará viva”: entrevista con Vicente Quirarte. Les Ateliers du SAL, 10, 163-178.

Fuentes de ilustraciones:

Ilustración 2. Fuente:

https://www.inehrm.gob.mx/work/models/inehrm/Resource/492/1/images/Homenaje_Martin_Quirarte.pdf

Ilustración 6. Fuente:

https://encrypted-tbn2.gstatic.com/images?q=tbn:ANd9GcTbj3DRoOl2mo3oBEvsBkZv_lJgZDX9wqCn7L8dpX_azGACE6JX

Ilustración 7. Fuente:

https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6204661.pdf